

Aves de tu silencio



GOBIERNO DE
MÉXICO

CULTURA
SECRETADÍA DE CULTURA

MARÍA CERVANTES

Aves de tu silencio



© María Cervantes

D. R. © 2020

Consejo Estatal para las Culturas y las Artes de Chiapas, 12 oriente norte 2, colonia Centro, 29000, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.

publicaciones@conecultachiapas.gob.mx

ISBN: 978-607-8471-XX-X
IMPRESO Y HECHO EN MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL
VINCULACIÓN CULTURAL



CONSEJO
ESTATAL PARA
LAS CULTURAS Y LAS ARTES
GOBIERNO DE CHIAPAS

| 2020 |

*Para Darcy, Dalia y Víctor Hugo,
los viajeros que me acompañan.*

Tierra mojada

La luz quedó encendida. El foco en el centro de la habitación pendía solo, desnudo, huevo prehistórico arrojando luminiscencias para un espectador ausente. Pero eso no importó, el pequeño artefacto cumplió con su labor, iluminó cada cosa colocada por ella antes, mucho antes, cuando el tiempo era un manso estallido solar derramado por los cristales. Si esas cosas hablaran dirían que ella se fue envuelta en un breve camisón y que en su agitación olvidó apagar la luz. Lo olvidó o temió el inminente vacío de la oscuridad detrás suyo. Salió a la lluvia de la noche como quien pretende disipar un fuego enloquecido, quiso arrojarlo calle abajo hasta el punto más fino del olvido. No pudo, no podría. Desde la calle miró el balcón iluminado. No pensó en volver. No volvió.



Un grito descubrió el hilo de sangre que bajó por la escalera. Era ya una costra. Si hablara esa sangre en el silencio de la escalera. Esa sangre es un silencio que hierve, que nadie podrá sacar de las entrañas de la madera vieja. La sangre bajó con desespero, con rabia, quiso alcanzarla, seguir sus pasos encima de la lluvia, pero no pudo más. Se quedó estancada en un penoso charco detrás de la puerta. La rabia hecha charco se evaporó. Sufrió una segunda muerte, lenta, poblada de impotencia. Si hablara la sangre-hilo-costra-charco-olvido. Si hablara el foco encendido allá arriba, solo, iluminando las pupilas abiertas, inertes, muertas.



El foco era un huevo encendido, eso mismo dijo él después de cambiarlo y verlo brillar tan de cerca. Ella lo esperaba desnuda a medias sobre la cama. Afuera la lluvia comenzaba a azotar la tierra. “¡Tierra mojada!”, dijo él desde el último peldaño de la escalera. El cuerpo delgado y moreno se estremeció entre las sábanas. Ella lo miró con sus ojos grandes, como si rozara los lindes de algún placer. Él decidió quedarse en lo alto de la escalera: quiso ser espectador. Ella siguió el juego y descubrió su cuerpo, lo abrió como una fruta y se sumergió poco a poco en un placer creciente, sin tiempo, como el huevo prehistórico alumbrando por primera y última vez.



¡Tierra mojada! Desde lo alto de la escalera frotó su pene hasta que él mismo se convirtió en lluvia. Después, la luz permaneció encendida...



La vieja escalera metálica se quedó parada en el centro de la habitación, tímida, acorralada por los otros objetos. Si la escalera tuviera una vejiga habría dejado un charco debajo de sus raquíticas piernas. Debajo del foco desnudo habría un charco ambarino de vergüenza donde se reflejaría la luz que nadie vería: ámbar+ámbar. Esa orina habría caído encima del cráneo roto, habría empapado los ojos abiertos, inertes, como lágrimas sucias. “¡Tierra mojada!”, habría dicho la cama medio desnuda.



Las cosas colocadas por ella antes no podrán marcharse, ignoran su destino con un estoicismo apabullante mientras a él se lo llevan cubierto (quizá a ellas las cubran también). Algo debe haber en los ojos de los muertos que desordena la paz de los vivos, cuchichean las cosas con sus crujidos de muebles viejos al mismo tiempo que los extraños se abren paso para llevárselo. Ellas, las cosas, nunca sabrán del desasosiego de la muerte, nunca sabrán que era domingo cuando la luz se quedó encendida. Nunca sabrán que antes de la fractura del cráneo el mundo era un foco encendido, pequeña flama que no se cansaba de arder.

Casa que muere

Era una casa ideal: amplia, blanca, llena de aire y luz. La encontramos por casualidad en una antigua colonia en el sur de la ciudad. En realidad buscábamos algo temporal; sin embargo, la compramos apenas Gustavo firmó los últimos papeles en el banco. En esos momentos nos preguntábamos si no hacíamos las cosas con demasiada premura porque no estábamos en condiciones de comprar una propiedad. Eso era para parejas consolidadas. Lo mejor era comenzar por rentar un lugar para ver cómo iban las cosas. Eso era lo más racional, pero la casa era hermosa, incluso tenía una terraza que daba al jardín. ¡Un jardín! Toda mi vida había soñado con tener uno. Planeábamos qué plantaríamos en cada rincón con el entusiasmo de quien está harto de vivir en departamentos minúsculos, húmedos y con poca luz. Ésos eran los tiempos de estudiantes, decía Gustavo, ahora nos merecíamos un espacio mayor para comenzar a vivir juntos.

Una anciana acompañada de su hijo nos mostró la finca. Mis ojos estaban encandilados por tanta luz. Había ventanales en cada habitación, los muros eran blancos y los pisos tenían una duela cuyo desgaste le daba algo de poético al conjunto. Cada puerta que se abría nos llenaba de sueños, de planes: tanto Gustavo como yo podíamos ver dónde pondríamos cada cosa: el estudio, el sillón de lectura, la mesa antigua que había pertenecido a mi abuela. Incluso nos pareció que la casa era perfecta tal como estaba, a pesar de que la anciana nos advirtió que tenía años deshabitada y necesitaba algunas reparaciones.

Después de esa primera visita nuestra mente no pudo salir de la casa. No hubo otra cosa desde entonces que tratar de conseguir los recursos para comprarla. Y tras un mar interminable de burocracias pudimos obtener un préstamo con intereses altísimos. Era a finales de octubre cuando por fin nos mudamos. Con las cosas metidas en cajas y bolsas negras cenamos comida china sobre el colchón tirado en el piso. Brindamos con vasos de plástico por nuestra nueva vida, por nuestra nueva casa. Hablamos hasta tarde de los planes para la decoración. Nunca estuvimos tan cerca. Hicimos el amor con la lámpara encendida y las cortinas abiertas, sólo cuando terminamos nos dimos cuenta de que teníamos un espectador desde la ventana de otra casa. Lejos de importarnos nos resultó chusco el incidente.

Al apagar la luz esa noche me recorrió un escalofrío, no pude evitar pensar en la pareja de ancianos a la que había pertenecido la casa. Gustavo y yo habíamos acordado no hablar del asunto, sobre todo para no atentar contra el buen gusto, que Gustavo cuidaba tanto. Cerré los ojos para convocar la calma, en realidad no había nada que temer. Me acerqué al cuerpo de Gustavo para buscar no sólo calor, quería un poco de protección. Era raro, nunca antes me había sentido desprotegida de tal modo. Odiaba la idea de que psicológicamente me sintiera debilitada al saber que vivía con un hombre. Esa idea me hizo retroceder a mi lugar, pero Gustavo se acercó y me rodeó con su brazo. Sólo traté de no culparme por sentirme mejor.

Sin poder evitarlo volví a pensar en los ancianos que murieron en la casa. La mujer que nos mostró el lugar nos contó el episodio, la antigua dueña había sido su hermana. Por accidente dejaron una llave de la estufa abierta. Los encontraron en la cama, parecían dormidos. Aunque nunca comenté nada me pareció una certeza absoluta que ésa era la razón por la

que la casa no se había vendido en tantos años a pesar de su excelente precio. Traté de indagar la reacción de Gustavo; sin embargo, como lo esperaba, no le dio ninguna importancia. Él era médico, la muerte era un tema de todos los días. Por mi parte, siempre oculté mi dosis de miedo ante esos casos. No quería parecer ingenua ante su mirada inquisidora y analítica. Él me consideraba una mujer inteligente. Desde el primer momento de nuestra relación traté de ajustarme a ese papel que me había asignado, que le gustaba. (Ahora veo el peso que esa sola idea puso sobre mi cuerpo).

En la madrugada el frío me despertó. Me levanté a buscar otra cobija. Me di cuenta de que no sabía en qué caja o bolsa de plástico estaban y no era la hora de comenzar a desempacar. Fui al baño. El depósito del agua estaba vacío. Era raro, la noche anterior había funcionado perfectamente. De cualquier forma era un asunto para el día. Me puse un suéter para aminorar la frialdad de mi cuerpo y regresé a la cama. Cuando cerré los ojos sentí una corriente de aire helado. La ventana estaba abierta. Creí que Gustavo la había cerrado. Me levanté de nuevo. Miré la calma del jardín, era lindo aun en ese desorden que la soledad le había dejado. La ventana del vecino aún estaba encendida. Eran las tres.

En la mañana me despertó un grito de Gustavo. El baño estaba lleno de agua. El depósito estaba goteando y había inundado incluso parte de la habitación. Debimos movernos rápido para evitar que el agua llegara a las cajas de los libros. Secamos tan rápido como pudimos, esperando que la duela no se dañara. Entonces Gustavo comenzó a decir que habíamos hecho las cosas demasiado rápido, que debimos revisar la casa a detalle antes de mudarnos. Esa idea lo hizo ponerse de mal humor. Sus conclusiones eran siempre como dictados dogmáticos incapaces de la menor apelación. Su disgusto me

hizo sentir atrapada, minúscula, incapaz de producir un argumento que recobrara la felicidad del día anterior.

Lo revisó todo casi hasta la obsesión, hasta que él mismo tuvo que aceptar a la mitad del día que no sabía nada de esas cosas prácticas, pero para entonces su frustración se encarnaba en las horas que había perdido. Por otra parte, todo parecía estar en su sitio. Quizá no había necesidad de traer a nadie, dijo consolándose a sí mismo. Sólo entonces pudimos comenzar a dar forma a nuestra vida ahí. En la tarde salimos a cenar. La alegría volvió. Nos deshacíamos en planes. Eso me gustaba porque durante esos lapsos estábamos en el mismo plano. Los sueños eran un buen lugar de encuentro.

Pero la armonía se volvió a cortar: al volver a la casa tuvimos problemas con la cerradura de la puerta principal. Tardamos por lo menos veinte minutos en lograr abrir la puerta. Después de una serie de llamadas sin éxito para obtener el teléfono de un cerrajero en domingo a las once de la noche conseguí abrirla. No hice nada especial, sólo giré la llave y la puerta se abrió. Fue cuando Gustavo formuló la primera sentencia fuera de su fe en todo lo asequible.

—La casa te prefiere a ti.

Lo dijo con un aire serio al que sólo pude responder con una carcajada. Él entró y trató de encender la luz del recibidor. Nada. Oprimió varias veces el interruptor. La oscuridad seguía intacta ahí dentro.

—Lo hago yo. La casa me prefiere a mí.

Lo dije sólo para molestarlo, pero la luz se encendió y yo no podía para de reír. En el fondo mi risa era histeria pura, de esa que mi madre solía llamar de forma categórica risa de nervios.

Mi lado más racional me decía que todo aquello era parte de la presión sobre nosotros: en adelante y por algunos años

debíamos pagar al banco y a sus padres el dinero que nos habían prestado para la casa. Por otro lado, y quizá para mí eso era más preocupante, entrábamos en otra etapa de nuestra relación ahora que vivíamos juntos. Antes de atreverme a mudarme con Gustavo llegué a pensar que no estaba hecha para eso; mi inconsciente estaba repleto de la relación dañina entre mis papás. Me aterraba seguir el patrón psicológico de mi madre: lloraba todos los días sin sentir la más leve fuerza para escapar. Claro, no era mi situación. Lo cierto era que ahora vivía con un hombre que de pronto comenzaba a parecerme extraño.

Preferí darme un baño para dejar de pensar. Ya desnuda, a punto de abrir la llave del agua caliente, la curiosidad me llevó de nuevo hasta el recibidor. Apagué la luz. Me quedé con la piel erizada en la oscuridad. En mi interior me sentí avergonzada por el miedo. Traté de nuevo con la luz. Se encendió a la primera. Era extraño, como si la casa tuviera voluntad propia y aceptara su papel dependiendo de quién se lo pidiera. Demasiado pronto presentí que la casa nos poseía y no nosotros a ella. Ni siquiera pensé en decirle eso a Gustavo, sabía que se burlaría de mí con el desprecio que tenía hacia todo pensamiento esotérico.

—¡Es cuestión de maña! —le grité a Gustavo, que para mi sorpresa contestó:

—¿Y el depósito del baño, y la puerta...?

—Así son las casas viejas, acostúmbrate.

Me bañé con agua caliente. Ésa fue la última vez y el boiler encabezó la lista de las cosas por reparar. Después le siguió la estufa, en adelante tendríamos que usar cerillos o encendedor para hacerla funcionar. El encendedor fue una constante fuente de conflictos. Confieso que siempre fui distraída, cuando vivía sola eso no significaba ningún problema, pero en compañía de Gustavo perder el encendedor era un

pretexto para la guerra. Ahora veo que el problema no era mi distracción, Gustavo parecía no entenderlo entonces. El encendedor se empeñaba en extraviarse y nosotros en ignorar la señal de lo que pudiera significar eso.

Sí, ignoramos toda señal y planeamos una fiesta de inauguración. Tres semanas debían ser más que suficientes para estar más o menos instalados. Ansiábamos sobre todo colocar los cuadros y trabajar en el jardín. Ése sería el cierre de todo el proyecto. Estábamos impacientes por mostrar la casa a los amigos y a la familia, por verla lista para transcurrir los días en ese lugar que prometía ser un paraíso de calma. Así debieron ser las cosas: de acuerdo con los planes.

Pero lo que se desea y lo que sucede es distinto y todo comenzó a deteriorarse entre nosotros. Como el aire helado que se cuela por una ventana mal cerrada y enfría el interior casi imperceptiblemente, así una capa de hielo nos cubrió. Los dos tratábamos de negarlo, de enmendar las cosas para hacerlas funcionar, porque teníamos una casa que era hermosa, porque apenas comenzábamos a vivir juntos, porque sí, porque tenía que funcionar. Nos aferrábamos a una relación que se desmoronaba como un pan, la queríamos intacta; sin embargo, se deshacía sólo de verla.

El desplome comenzó a hacerse más visible la tarde en que por fin estuvimos listos para colocar los cuadros en las paredes. Gustavo se aferraba a una cinta métrica para hacer las mediciones exactas; en su mundo no había cabida para el error. Al verlo exasperado conmigo por no colocar los cuadros tal como él lo indicaba, le pedí que recordara que en mi antiguo departamento los cuadros estaban bien y que yo sólo había apelado a un poco de sentido común. Él estalló, me dijo que las cosas debían hacerse con orden para que funcionaran, que no podíamos abandonarnos al descuido

y a la flojera. Gritaba que nada podía funcionar así. Debía comportarme como una adulta de una vez por todas y el hecho de que fuera diseñadora no me daba ninguna ventaja, las cosas debían hacerse bien.

Me deshice del disfraz de su mujer inteligente como quien tira un mandil al piso y salí a la calle. No pude evitar dar un portazo. Tenía ganas de llorar, pero luché con todas mis fuerzas para no hacerlo. Así eran las cosas: él me veía como una niña a la que se debía educar para que por fin hiciera las cosas como eran debidas, y yo caía lentamente en el mutismo de la niña asustada, paralizada por el miedo, tratando de complacer para no estar sola. Era horrible. Caminé tan rápido como pude, como si la prisa pudiera quitarme de encima la miseria que sentía. Pensé con disgusto que después de un rato el enojo se iría y todo parecería una tontería. Pero no quería que se fuera esa molestia, la quería conmigo, dándome fuerza. ¿Cuántas tonterías tendrían que pasar para cansarme, para revolcarme en el fastidio?

Como lo preví, cuando el enojo menguó regresé. Gustavo cenaba frente a la pantalla mientras veía un video sobre medicina forense. Me fui a la cama con el estómago vacío y la imagen de un cuerpo abierto. Me sentí desesperada, fuera de lugar, como una intrusa en esa casa que antes era una promesa cargada de paz. Busqué mi libro para distraerme, pero él había realizado una de sus frenéticas limpiezas. Pasaba siempre que estaba molesto, limpiaba todo a su paso, como si quitar mis cosas de su vista fuera a quitarme a mí de su lado. No quise preguntar por mi libro y me puse a ver la ventana del vecino. Lo veía ir y venir con el torso desnudo. De vez en cuando se detenía en la ventana para expulsar el humo de su cigarro. Me preguntaba si podía verme. Nos habíamos saludado brevemente un par de veces en la calle. Me parecía un tipo interesante.

En la cama Gustavo me besó como si nada hubiera pasado. Buscaba sexo como alguien que se siente en tierra propia más allá de su territorio. Yo no quería, pero no supe decir que no. No quería más tensiones con él, aunque por dentro mi propia tensión me hacía contraer el cuerpo en una mezcla de rabia y miedo. Mientras él me desnudaba yo sentía que me ponía de nuevo ese traje de su mujer inteligente. Ahora era más ajustado, no me dejaba respirar, pronto se rasgaría y me dejaría con una desnudez que no sabía aún cómo llenar.

Después de su orgasmo se quedó dormido. Yo no podía. No podía dormir y no podía tener un orgasmo en ese momento. Me irritaban mi debilidad, mi cansancio, mi confusión. Me puse un saco y salí a fumar a la terraza. La luz del vecino seguía encendida. Lo vi pasar de nuevo frente a la ventana. Esta vez se detuvo a mirarme. Me saludó con la mano. Deseé estar con él, hablar de cualquier cosa. En esa casa, a pesar de su luz y de su estética, me sentía sola, con esa soledad que se produce al estar con alguien que nos provoca un malestar del que no sabemos huir.

No quería pensar más y busqué ayuda en una pastilla para dormir, mientras se deshacía en mi estómago me dije que me habría gustado tener una píldora para cambiar mi estado emocional en esos días, para ver las cosas con claridad y enfrentarlas sin temor. Eso era lo peor: no saber contra qué estaba luchando, contra mi inconsciente, contra Gustavo, contra la presión de la casa o contra la casa misma que se empeñaba en volvernos locos. Me decía que debía ser una mezcla de todo: hormonas, hipoteca, el pasado, el presente, la incertidumbre de un futuro con él...

Justo el día de la fiesta de inauguración el cuadro por el que discutimos se desplomó, me cayó en la cabeza cuando subía por las escaleras. Por un momento pensé que Gustavo me lo

había lanzado, pero vi que salía de la habitación para ver lo que había pasado. Estaba realmente asustado. En mi rostro se deslizaba un hilo de sangre. No lo podíamos comprender: por la fuerza con la que cayó, el cuadro sólo podía haber sido arrojado. En la sala de urgencias nos miraban con cara de incrédulos ante la historia que contamos más de una vez. La enfermera incluso me dijo en secreto que podía denunciarlo. Cuando le dije que decía la verdad me vio con enojo.

Tres puntadas y un montón de vidrios rotos eran lo único que teníamos para explicarnos lo que había sucedido. Me pregunté honestamente qué era lo que estaba pasando. Por respuesta mi mente me trajo el recuerdo de todas las veces que tuve que acompañar a mi madre a la sala de urgencias por los ataques de mi padre. Más de alguna vez lo denunció, aunque nunca pasó nada.

Ya era tarde y aún nos faltaban cosas que hacer antes de la fiesta. Gustavo me dio una pastilla y me sugirió que me quedara recostada. Pero podía reconocer su impaciencia en el sonido de las cacerolas estrellándose unas contra otras. Recordé todos los vidrios rotos de mi infancia. Tuve deseos de estar sola, no quería ver a nadie, aunque pronto la casa estaría llena de gente y habría que sonreír.

El interés por la casa que los invitados pudieran haber sentido se perdió en cuanto miraron mi frente suturada. Ante su cara de incredulidad no les quedaba más que hacer el *tour* con su debida parada donde el cuadro había caído. Sé que Gustavo habría querido decir que si yo hubiera hecho mi parte en colocar debidamente los cuadros nada de eso habría pasado. Sé que se mordía la lengua por hacerlo y por fortuna no lo hizo.

Al final del día nos quedamos solos con un montón de regalos del tipo que se hace a los recién casados. Odié la vajilla azul, las cacerolas, hasta un tostador. “¿Qué les pasa?”, pensé

alterada. En el fondo la idea de verme con Gustavo comenzaba a darme una especie de urticaria emocional. Él, por el contrario, se había transformado, ahora estaba en una calma parecida a la felicidad. Entonces me dije que quizá la presión me estaba afectando más de la cuenta. Debía tratar que las cosas se estabilizaran, tal vez yo no estaba poniendo lo suficiente de mi parte.

A la mañana siguiente el vecino de la ventana vino a traernos un pan que él mismo había horneado para presentarse. Lo invitamos a tomar café en la mesa de la terraza. Desde la ventana de la cocina lo vi sentado con Gustavo mientras preparaba el café. El olor del pan era la cosa más deliciosa que había olido en mi vida. Me hizo un hueco en el estómago. Sentí deseos de comérmelo entero yo sola. El vecino se llamaba Esteban, era pintor.

Antes de salir con ellos me arreglé un poco, sobre todo quería ocultar lo más posible las puntadas de mi frente. Gustavo lo notó, pero no era del tipo celoso que arma un escándalo, se limitó a tomarme de la mano como un perro que defiende su territorio. Ese gesto me incomodó. Me sentí un objeto entre dos hombres que hablaban disfrazando su rivalidad con una pestilente cortesía. Pese a todo Esteban y yo hicimos una buena conexión. Qué sé yo, tal vez había notado que era una explosión de hormonas y que mi cuerpo salía de su centro al estar cerca de él. Antes de despedirse nos invitó a cenar en su casa. Yo dije que sí de inmediato. Gustavo se limitó a sonreír de mala gana.

Era extraño, hacía tiempo que no me sentía así, emocionada de tal manera. Pero en cuanto Gustavo cerró la puerta dijo que no iríamos. Que ese tal Esteban era un patán, que de seguro sus cuadros eran una porquería. Era obvio que lo único que quería era revolcarse conmigo.

—Entonces voy yo —le dije desde la cocina y con la boca llena de pan.

Creo que fue en ese momento cuando comenzamos a descender al infierno. Me acusó de haber roto el cuadro yo misma porque quería culparlo a él. Agregó que era una puta y una loca que no hacía nada más allá de perder el encendedor todos los días. Yo me limité a sentir cómo la piel se encogía sobre mi cuerpo. Ya pasaría. Cuando termináramos de instalarnos por completo, cuando todo funcionara bien, las cosas tomarían el curso que debían tomar. Ésos fueron los pensamientos que traté de colocar en mi cabeza, lo que en realidad había era un odio naciente que me rasguñaba el estómago.

Esa misma tarde la casa comenzó a hacerse más pequeña, no tengo otra manera de decirlo porque fue así. Percibía las paredes y techos cada vez más cerca de nuestros cuerpos. Las cosas parecían ridículamente amontonadas y Gustavo y yo nos encontrábamos con mayor frecuencia cuando lo que queríamos era ignorarnos. La luz que en un principio me deslumbró fue haciéndose una sombra densa. Incluso el aire comenzó a estancarse ahí dentro. Me empeñé en abrir puertas y ventanas, pero los hongos llenaron las paredes y la duela. El olor a humedad lo colmó todo. El deterioro que la casa no había sufrido en años de abandono se había manifestado apenas en unas semanas. Gustavo recorría la casa enfurecido, haciendo listas de las reparaciones pendientes. La casa necesitaba esto, aquello. La casa. La casa. Hasta que la casa fue convirtiéndose en un tercero que habitaba entre nosotros. Él se maldecía a sí mismo por haber actuado con tanta insensatez. Me miraba esperando algo de mí, pero yo no estaba de humor para la autoflagelación y se me habían consumido ya las ganas de reconfortarlo.

Se exasperaba ante mi mutismo, entonces se ponía a vociferar que a mí no me importaba nada, que yo no cooperaba, que si teníamos la casa era gracias a él porque con mi salario de

mierda no podía llegar ni a la esquina. Luego llegaba al punto que quería llegar y me decía temblando que sólo me la pasaba en el jardín medio desnuda esperando que el tal Esteban me viera. Más de alguna vez estuve a punto de salir a la calle para no volver. No sé qué fuerza me detenía y me dejaba en mi sitio, callada. Luego de un rato él volvía a mí, arrepentido por sus palabras. Me aseguraba que la casa y la relación eran demasiado para él, pero que no quería perderme.

Gustavo nunca lo supo: cuando sus turnos de trabajo lo sacaban de la casa hasta tarde comencé a frecuentar a Esteban. Pasamos de los saludos de vecinos a la conversación de amigos. Era evidente que había una atracción entre nosotros. La disfrutaba, era mi aliciente para esos días en que me sentía hundida dentro de la casa y dentro de la relación con Gustavo. Nunca, hasta entonces, pasamos del coqueteo y de la buena conversación. No quería complicar más mi vida. Cuando Gustavo llegaba yo me encontraba ya en la cama. Sólo escuchaba el ruido de su enojo en la cocina: cacerolas, platos, vasos que chocaban entre sí sin control aparente. Buscar el encendedor para él significaba un duelo con todo lo que tuviera enfrente. El ruido me volvía loca, lo escuchaba hasta en mis sueños. Incluso llegué a tener una infinidad de pesadillas en las que perdía el encendedor. Mi inconsciente pasaba las noches buscándolo, se arrastraba debajo de los muebles, vaciaba cajones y libreros. Nada.

Una noche estaba leyendo en la cama. Gustavo quería tener sexo con la luz encendida y las cortinas abiertas. Era sólo para que Esteban lo viera, lo sabía y la sola idea me daba náuseas. Por lo demás, yo no tenía ganas de estar con él, pero le pedí que por lo menos cerrara las cortinas. Se puso a gritar un sinfín de frases que me negué a escuchar. A pesar de todo regresó a dormir a mi lado. Sin embargo, el odio se me trepó

definitivamente al cuerpo como los hongos se aferraban a la pared. No pude dejar de imaginar a la anciana abriendo la llave de la estufa con sus manos temblorosas, deformadas por la artritis. Tal vez las abrió todas, aunque luego reflexionó y sólo dejó una abierta, como si fuera un accidente. Un accidente. En su rostro quizá pasó algo parecido a una sonrisa. Había que sonreír. Luego, con sus pasos lentos se fue a esa misma habitación a esperar la muerte como redención y venganza al mismo tiempo. Seguramente la anciana no dijo nada, ¿qué podría haber dicho?

En la madrugada el ruido de la puerta del jardín me despertó. Gustavo no estaba en la cama. Me levanté para ver qué pasaba. Un olor a gas provenía de la cocina. Sentí un golpe en el cráneo cuando vi que todas las llaves de la estufa estaban abiertas. Al lado de la estufa el encendedor estaba, como nunca, en su sitio. Su presencia me gritaba algo. Cerré las llaves de inmediato y abrí las ventanas. En el jardín estaba Gustavo cubierto con una cobija. Veía la ventana de Esteban, que aún estaba iluminada, ni siquiera se dio cuenta de que yo estaba despierta. No dije nada. Para mí era obvio que Gustavo estaba enloqueciendo. ¿Quería matarme? ¿Trataba de repetir la historia de los ancianos? Me encerré en la recámara destinada a las visitas que nunca tuvimos. Estaba mareada, aterrada. No pude volver a dormir. Escuchaba con el corazón a punto de estallar cada sonido, cada movimiento. Antes del amanecer se quedó dormido en el sillón de la sala.

Salí de la recámara con todo el sigilo que me fue posible. En la mesa de centro estaban mis pastillas para dormir. No despertaría pronto. A través de la ventana el cielo comenzaba a clarear con una belleza que me era ajena, de la que no me sentía parte. La ventana de Esteban estaba oscura contra el cielo rosado. Fui temblando hasta su casa.

Esteban abrió la puerta adormilado. No tardamos en mirarnos, en dejar las tazas de café sobre la mesa, en besarnos como dos locos hambrientos, en hundirnos en un sexo reconfortante. Era extraño, me sentía liberada. Era la misma sensación de haber estado sumergida en aguas mansas. Salía con menos peso sobre mi cuerpo. Incluso me sentía parte de toda la belleza que acontecía en el mundo.

Desnuda miré la casa desde la ventana de Esteban. Esa otra perspectiva me sacudió. Había sido una casa linda, llena de luz y aire, pero ahora comenzaba el hundimiento. Ni siquiera el jardín había prosperado. Las plantas estaban secas a pesar de la humedad que les procurábamos. A diario regábamos esa muerte empecinada en no volver a la vida. La casa estaba enferma y a punto de morir. La casa y Gustavo eran como dos plantas carnívoras buscando quizá el último alimento. Yo no podía dejarme morir ahí, por ellos. Esa misma tarde saqué mis cosas. Todavía recuerdo los gritos de Gustavo ahogarse dentro de esa jaula llena de hongos y oscuridad en la que apenas podía moverse.

Aves de tu silencio

Caminamos en la oscuridad, unos detrás de otros. Papá solía ir al frente, pero un día se rompió el pie. “Fue una tontería”, dijo. Desde entonces no quiere ir adelante. Tiene miedo. Él no quiere reconocerlo; sin embargo, sé de su temor porque el tono de su voz cambia cuando hablamos de eso. Luego se queda callado. Su silencio hiere. De su silencio salen aves que revolotean sobre mi cabeza y mi pecho. Creo que ellas tampoco ven la luz porque me arañan, me hacen daño, como si no supieran adónde ir. Él no sabe de las aves, mejor así. Ahora mamá nos guía. A mí me toca ir en medio. Voy protegida por los dos mientras nuestros pasos se aventuran en esa incertidumbre que es la oscuridad. A mamá le gusta hablar cuando camina, ahora mismo me explica que caminar a ciegas es como andar cerca de un precipicio imaginario y que los precipicios imaginarios son más profundos que los reales. “Yo no conozco los precipicios, mamá”, le digo sin dejar de tocar su espalda, su espalda es todo en este momento. “Todavía no”, contesta con una voz que parece venir de un lugar sin fondo.

El ojo de Vera

Lo primero que hizo al morir su padre fue arrancarle el ojo artificial. Lo hizo con sus propios dedos. Ni siquiera tuve el más leve impulso de detenerla, una especie de morbo brotaba en mí desde años atrás y en ese momento terminó por dominarme. Me quedé deslumbrado por el rostro de Vera. Más que dolor reflejaba placer. Ese goce lo había visto en ella por primera vez cuando éramos niños: jugábamos en el terreno baldío detrás de su casa y encontramos un perro muerto con una mosca parada precisamente sobre el ojo. Vera se acercó y deslizó su dedo sobre esa superficie viscosa e inerte. Primero lo hizo de forma suave y luego introdujo el dedo como si lo sumergiera dentro de un pastel. El ojo se desbordó con un sonido acuoso. Claudio, su hermano, le dijo con cara de desprecio que era una cerda. Ella no le dio importancia y siguió tocando con una mueca que me causó temor y satisfacción al mismo tiempo. Entendí el miedo, siempre lo hice, pero no pude comprender la raíz de aquel placer.

Frente al cuerpo de su padre Vera tenía esa misma expresión de goce mientras introducía sus dedos sin ningún tacto por debajo del párpado. Me pasó por la cabeza que había esperado la muerte de su padre para sacar ella misma el ojo falso. La recordé de niña sentada en las piernas de mi tío, observando de cerca la prótesis. Se deshacía en preguntas: ¿por qué había perdido el ojo verdadero?, ¿dónde estaba, dónde lo habían puesto si ya no estaba en su lugar?, ¿esos ojos fuera del cuerpo podían ver? Un ruido de succión me

sacó de esa suerte de ensueño, era la señal de que la prótesis ya estaba afuera. Vera la miró como un trofeo. Sólo entonces pude abandonar la habitación.

No quise imaginar lo que hacía ahí dentro con el ojo falso. Traté de enfocarme. Debía llamar al resto de la familia. Con la agenda en las manos vi a Vera salir de la habitación. Subió las escaleras con calma, tarareaba una canción. Escuché la puerta de su recámara cerrarse. Sus pasos encima de mí se dirigieron hasta el baño. Escuché la intensidad del agua cayendo. Imaginé a Vera desnuda, pálida, mojada, con el pelo suelto sobre la espalda, con el ojo todavía tibio en la mano. Temblé. Seguí temblando sin poder controlarme. No tenía nada que ver con la presencia del cuerpo, de la muerte tan cercana: era ella. Después de tantos años por primera vez estábamos completamente solos.

Dejé la agenda sobre la mesa. Visualicé los nombres de los amigos y la familia escritos por mi propio tío, todos estaban ahí y por lo tanto podían esperar. Con la mente nublada seguí los pasos de Vera. Entré en su recámara. Puse el seguro detrás de mí. Yo nunca había hecho nada indebido, más allá de las pequeñas travesuras de los niños. Mi tío nunca ocultó que habría querido tener un hijo como yo, porque no podía con el carácter de Claudio y Vera. Siempre había sido el niño bueno de mamá. Me costaba mentir. En cambio, Vera parecía no conocer el miedo o no darle ninguna importancia. La admiraba y le temía al mismo tiempo. Su belleza era perversa. Incluso cuando Claudio se suicidó ella parecía gozar de algo que nadie más podía ver.

Abrí la puerta del baño. Detrás de la cortina plástica el vapor salía como de una taza de café. Asomó su rostro mojado, no pareció sorprendida de verme ahí. Tampoco pareció preocupada por mi estado, en realidad Vera nunca se mostraba preocupada

por nada. Regresó al agua. Cantaba una canción que solíamos escuchar en la adolescencia. Por un momento me pareció ridículo todo eso y pensé en regresar a la sala para hacer las llamadas. Cuando estaba a punto de salir, ella corrió la cortina.

Entré a la tina vestido, con zapatos, con lentes, con el reloj que me había obsequiado la abuela. Vi su cuerpo, pálido como lo imaginé. Tuve la impresión de que sus senos me miraban con sus leves pezones rosados. Mi cuerpo quedó ciego, insensible al miedo que antes me había consumido. Mi cuerpo cedió. Cedí. La toqué con el mismo placer con que ella tocó el ojo inerte y pegajoso del perro muerto cuando éramos niños. Nunca volví a ser el mismo.



El ojo de mi tío era un artefacto del engaño. Cuando era niño temía a ese ojo inmóvil porque lo creía capaz de una visión mayor a la del verdadero. El ojo humano era débil, se apoyaba en el artificio de los lentes para las tareas mundanas. En mi mente medrosa aquella prótesis tenía poderes sobrenaturales. Al estilo de la mirada de Superman podía atravesar las paredes, pero sobre todo, y ahí radicaba mi mayor temor, era capaz de ver los pensamientos de quien tuviera enfrente. Cuando Vera hacía algo indebido y yo lo sabía no era capaz de ocultar mi trastorno. Por fortuna dejé de creer en eso cuando descubrí la masturbación y me aferraba al movimiento de mi pene pensando en ella, en los momentos en que me mostraba su vagina debajo de la falda del uniforme como si fuera un descuido.

Nunca me atreví a decirle nada; sin embargo, ella sabía de mi fascinación y hacía todo lo posible por desconcertarme. Se burlaba de mí. Estaba acostumbrado a las excentricidades

de Vera y Claudio y siempre me quedé callado. Sabía que en el fondo me apreciaban y trataban de acoplarme a su mundo como si fuera un animalito lisiado. Mi madre siempre me pidió ser paciente con ellos, habían perdido a la suya después del nacimiento de Vera. Supongo que lo que quería decir mi madre es que eso los hacía especiales: dos seres psicológicamente perturbados, extraños, caprichosos, bellos y para mí casi imposibles. Para ellos yo era parte de los otros, es decir, la parte del mundo que rodaba con un goce idiota hacia ninguna parte. El mundo de Vera y Claudio era inaccesible para mí.



Cuando llegó la noche nos encontramos agotados por el placer. Le dije que debíamos hacer las llamadas, que el cadáver no podía quedarse ahí para siempre. Ella dijo que detestaba los funerales y tomó la prótesis del ojo como si admirara una joya. Sólo entonces advertí que el ojo de mi tío había estado ahí toda la tarde, sobre la mesa de noche, observándonos fornicar como dos animales sin tregua, sin juicio. Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Pensé que Vera debía estar loca de verdad. Me levanté para sacudirme la sensación que tenía aferrada a mi cuerpo. Tomé el teléfono y el espectáculo de la muerte continuó.

Sólo cuando los de la funeraria se llevaron el cuerpo supe que Vera y yo no volveríamos a experimentar el mismo placer de esa tarde. La presencia de su padre muerto le daba a ella la locura necesaria para entrar en ese abismo que yo temía y que veía maravillado desde la seguridad de la orilla, sostenido de su cuerpo frágil, hermoso.



Días después Vera llegó con la prótesis dentro de una esfera de plástico transparente que daba la impresión de ser de cristal. Era un artefacto caprichoso que ella misma había mandado construir. Esa suerte de estuche esférico tenía una lente que magnificaba la imagen estática del ojo artificial. Perturbaba. Vera lo colgó de inmediato en medio de la habitación, pues la esfera estaba dotada de un gancho para tal propósito.

El ojo magnificado giraba por inercia, lo miraba todo. Había adquirido una fuerza superior a la de su vida pasada. No era una reliquia, no era ya el recuerdo del padre muerto. Era un fetiche que la enloquecía. El ojo miraba mientras se ponía desnuda a cuatro patas convocando un placer que me hacía lanzarme sobre ella como un poseído. Nuestra respiración se agitaba, se contraía y el ojo flotaba en el aire, casi bailaba dentro de la habitación. Miraba incansable, sin parpadeos ni descansos. Era como el ojo incansable de un dios terrible que no se cansaba de juzgar. El ojo, el ojo, ella gemía, se frotaba los senos. El ojo, el ojo...



Una tarde llegué sin avisar. Vera no estaba. Fui a la recámara. El ojo flotaba en soledad, miraba en dirección al armario. Miré hacia allá también. De pronto tuve gran curiosidad por ver el interior.

Era un mueble antiguo, había pertenecido a la madre de Vera. Estaba siempre cerrado. Por suerte más de una vez observé a mi prima dejar la llave en la parte superior. Levanté el brazo, mi mano ciega palpó la madera empolvada. Ahí estaba, una llave arcaica, pesada. La puerta crujió y un olor a

humedad salió de ahí dentro: era precisamente el olor de Vera. Sus vestidos estaban guardados en perfecto orden. Toqué las telas oscuras y sin estampados. En el fondo del armario un pequeño cofre verde oliva llamó mi atención. Estaba cerrado. En vano busqué la llave.

Luego de una intensa lucha cuchillo contra cerradura el cofre se abrió como una boca que por fin deja caer sus secretos. Me di cuenta de que estaba temblando y el sudor me corría por la frente. Sin tiempo que perder apuré mis manos. La primera cosa visible fue un sobre con fotografías de Claudio y Vera de cuando eran niños. Me descubrí con ellos en una foto, los tres frente a un pastel en el sexto cumpleaños de Vera. Ella apenas sonríe con una mirada melancólica dirigida al pastel, le faltan algunos dientes. Claudio evade la cámara, mira hacia otro lado. De los tres yo soy el único que mira a la lente con una franca sonrisa.

Al final tres fotografías instantáneas me ofuscaron: Claudio, el Claudio adulto, desnudo, atado de pies y manos, con los ojos vendados y echado sobre el piso. En la primera foto aparece él solo. Parece tranquilo a pesar de la postura. En la segunda, Lara, la exnovia de Claudio, con el pelo rojo y una gabardina negra posa al lado de él como si se tratara de un artefacto turístico. En la tercera Claudio está acostado de lado y Vera simula sentarse encima de él con un cuchillo entre los dientes. Nunca supe de esas fotografías. En realidad en los últimos años sabía cada vez menos de ellos o quizá apenas me daba cuenta de que no tenía idea de nada. Lo cierto era que me inquietaban esas poses, las miradas y su posible significado.

Dejé el sobre con las fotos tal como estaban. Por un momento pensé en permitir que el cofre guardara sus secretos, pero ya era tarde. No pude detenerme. Al lado del sobre había una bolsa negra de terciopelo. En su interior un frasco

con líquido albergaba un ojo grande y desnudo que me miró con terror. Estuve a punto de soltar el frasco. Esa vez desistí de verdad. Temblando guardé todo. Era casi la media noche. Vera no había llegado aún y salí como quien huye de la guarida de un monstruo antes de ser descubierto.



Volví. No sabía la hora. Me movía una marea de curiosidad incontenible. Temblando saqué el ojo del frasco. Pensé que el ojo intentaba decirme algo con ese arrebato espantoso y sin descanso en el fondo de la pupila. Por largo tiempo lo miré, esa mirada era una herida expuesta, aberrante. Penetraba mi mente, olía mi miedo. De pronto, el golpe seco de la puerta me hizo soltar el frasco. El ojo botó en el piso. No sabía qué hacer, pensé en escapar por la ventana antes de que Vera me descubriera, pero el ojo comenzó a saltar detrás de mí. Me golpeaba, podía sentir la viscosidad, intentaba meterse en mi boca.



Desperté. El corazón saltaba en mi pecho tal como el ojo en la pesadilla. Temí volver a la oscuridad de la cama y esperé el amanecer frente a la ventana. Necesitaba ver la luz emerger desde el horizonte.

Mi mente hizo una zanja profunda en los días siguientes. No podía dejar de preguntarme de quién era ese ojo que Vera guardaba en el cofre. De mi tío, pensé algunas veces, quizá lo guardó en vida y Vera lo escondía como un tesoro. Pero después recordaba la historia del accidente que él mismo contaba, el ojo debió quedar destrozado. Luego volvían a mi

mente las fotografías de Claudio desnudo con Vera y Lara a su lado. Recordaba el día de la muerte de Claudio, lo extraño que parecía todo. No había razón aparente para que se quitara la vida. Supuse que nunca había motivos suficientes en esos casos. No quería perder la objetividad; sin embargo, de pronto recordé la manera extraña en que Vera me miraba a los ojos durante el sexo. Trataba de detener mis conjeturas. Imposible. Mi mente formaba historias intrincadas en las que Vera estaba involucrada en la muerte de Claudio y mi tío. No lo podía soportar. De verdad estaba enloqueciendo.

No sé cuánto tiempo estuve sumergido en un pánico insoportable. No podía dormir ni comer, apenas respiraba por un instinto terco que se empeñaba en mantenerme con vida. Sabía que estaba cayendo en un abismo. Temía tocar el fondo; pero ese mismo temor me precipitaba con más fuerza hacia abajo.

Una mañana recibí una llamada que tal vez me salvó la vida. Me otorgaban una beca que había solicitado para hacer un posgrado en otro país. La noticia me dio ánimos y esperanzas. Arreglé todo de prisa. Me fui como un náufrago que de pronto encuentra la tierra.



Después de varios meses, en los que traté de enfocarme en mi realidad inmediata, recibí una caja por correo. Era de Vera. El mundo a mi alrededor se paralizó. Pensé que lo mejor era no abrirla y tirarla a la basura, pero no podía soportar otro enigma. La puse con cuidado sobre la mesa; algo tenía ese paquete que daba la sensación de tocar una serpiente venenosa.

Prolongué la angustia más tiempo del que debía y me dediqué a mirar la caja, a imaginar su posible contenido. Era peor que tener una bomba a punto de estallar. Cualquier cosa

ahí colocada estaba destinada a perturbarme, a dejarme ciego gracias a Vera.

Salí a caminar bajo una lluvia fina y fría. Quería reunir la fuerza suficiente para encontrarme con lo que Vera me enviaba. Cuando me creí listo subí corriendo hasta mi departamento en el cuarto piso del edificio. Estaba mojado, jadeante. Temblaba de frío, de ansiedad. Temblaba por Vera, porque nunca dejé de pensar en ella, en su locura.

Dentro de la caja de cartón con mi nombre y dirección marcados al frente había otra caja. Era blanca, parecida a las urnas fúnebres. Casi me desvanecí. Tuve que sacar valor de no sé dónde para seguir. Una carta con su letra cursiva y nerviosa estaba en primer orden. Leí lo más atento que pude, a pesar del temblor incontenible y mi falta de aliento.



La noche se colaba por la ventana abierta cuando me atreví a volver a la mesa para ver el resto del envío. La urna era blanca, perfecta. Sobresalía en la penumbra del departamento. Imaginé a Vera colocando cada cosa con la aterradora delicadeza de sus manos. Sospeché que algo nuevo estaba por venir: ella no se deshacía de ningún secreto al haberme escrito aquella carta. En su estado no se liberaba de nada al confesarme el amor carnal que sostuvo con su hermano. Tampoco representaba ningún escándalo para ella hablar de su triángulo amoroso con Lara y Claudio. Finalmente, no había temor alguno al hablarme de su plan para dirigir a Claudio y a su propio padre hacia la muerte en una diversidad de formas que nunca nadie habría sospechado de ella. Vera sólo quería sus ojos, “porque los ojos no mienten, y yo no quiero mentirte”, decía al final de su carta.

Nunca imaginé la esencia de su trastorno. Lo peor era el hambre sexual que todavía me despertaba en esas circunstancias, como si en el fondo yo estuviera más desquiciado que ella, como si hubiera esperado impaciente esa carta toda la vida.

Dentro de la urna también había una bolsa de terciopelo verde oscuro. Imaginé su contenido. En efecto, era un frasco con líquido donde flotaba un ojo terriblemente conocido. Un escalofrío recorrió mi cuerpo y se quedó anidado en la nuca. A mi mente vino la infantil expresión de Vera cuando le preguntaba a mi tío si esos ojos fuera del cuerpo podían ver. Me hice la misma pregunta hipnotizado por esa mirada cruel sostenida por mi mano temblorosa. Dejé el frasco lo más pronto que pude dentro de la funda, temía romperlo como en la pesadilla. Más abajo había una fotografía suya. Su imagen me estremeció. Estaba más flaca que de costumbre, con una sonrisa extraña que nunca antes había visto. Quizá era el único capaz de notarlo: su ojo derecho no era el suyo, era la prótesis de mi tío.

La superficie del agua

En mi vida no he hecho sino esperar. Esperar en la puerta de la escuela, esperar con la caña apretada entre las manos, esperar a que ella surja de nuevo del mar. Esperar se ha convertido en una aberración. Lo sé, por eso me ahogo, por eso la persigo como un naufrago tras una isla flotante e invisible.



Cuando era niño mi padre me llevó a pescar. Me explicó lo que debía hacer y nos sentamos a esperar con nuestras cañas en las manos. Me dijo que los peces de color verduzco eran los mejores. (Me disgustaba su manera de pronunciar la palabra “verduzco”). Me preguntó sobre la escuela, si me gustaba, si tenía amigos, qué quería hacer cuando fuera mayor. Respondí con la parquedad que merecía su ausencia en mi vida. Después ya no supo qué decir o preguntar. Callados esperamos a que un pez fuera tan estúpido como para morder el anzuelo. No pescamos nada.

Comimos horas después en un restaurante al lado de la carretera. Con un silencio pantanoso desaparecieron las hamburguesas de nuestros platos sin que ningún tema viniera a salvarnos del obvio desconocimiento entre nosotros. Toda esa tarde fue como estar metido en un charco de agua turbia y helada. El llanto reprimido taladró un hoyo en mi garganta. Nunca logré sacar de mi cabeza la incomodidad de esperar algo que nunca llegaría. Nos importaba un carajo pescar,

quizá nunca en su vida lo había hecho y yo nunca más lo intentaría. Él sólo quería un pretexto para mitigar los años sin él, para confortarme quizá, como si eso fuera tan sencillo. Yo habría preferido no conocerlo nunca. Al menos así no habría descubierto que era un patán que sólo vino a mí cargado de una lástima insulsa y tardía.

Desde entonces llevo encima la incomodidad de no saber qué busco. Él quería saber lo que yo quería. ¿Cómo podía saberlo con ocho años? ¿Cómo podía decírselo? No lo supe entonces y no lo sé ahora. Es como si no quisiera responder a esa pregunta.



“Me llamo Raquel”, dijo. Con una sonrisa mostró sus dientes perfectos. Se quitó el vestido y dejó caer sobre su delgado cuerpo la pesada cabellera rojiza. Corrió desnuda hasta el mar. El sol comenzaba a emerger debajo del agua. A esas horas Raquel, más que una mujer, era una fantasía, una divinidad venida del océano. Tomé el resto del vino y dejé caer la botella sobre la arena. Con menos misticismo corrí tras ella. Nos hundimos en el mar, me hundi en ella de forma que nunca pude salir.

Pasamos muchas horas entregados en esas aguas hasta que el cansancio me venció. Cuando desperté Raquel me miraba con sus enormes ojos verdes. Le agradecí que no fuera un sueño y sonrió. Le confesé que nunca antes me había sumergido en el mar. Era cierto, nunca había podido ir más allá de la superficie del agua. Me preguntó la razón, por los peces verdes...

Pasamos muchos días entregados al mar. Raquel salía de entre las olas con un extraño letargo encima, como si el agua y la sal le pesaran demasiado. Sólo debajo del agua parecía ágil y hasta inmortal. No tardé en descubrir que su energía venía del fondo del océano; cada día necesitaba volver.

Poco a poco comenzó a llevarme cada vez más lejos. Al principio temía exceder la capacidad de mis pulmones, pero ella me atraía con el magnetismo de su cuerpo. Más de una vez temí morir debajo del agua.

Un día, cerca del atardecer, no pude más y nadé a la superficie. No vi la playa, no había ahí ningún rastro de tierra. Me encontré solo como un punto en medio de esa inmensidad azul y salada. Me confesé que no tenía la fuerza para irme sin ella: ni siquiera sabía qué dirección tomar. El sol estaba a punto de desaparecer, el aire se enfriaba y mi imaginación se empeñaba en hacerme una mala jugada. Creía sentir cientos de peces verdes alrededor de mí.

La soledad de mi vida se acumuló en ese momento y la espera se convirtió en un pánico creciente. Sólo quería verla emerger, saborear la sal de sus labios y por fin dejar de esperar antes de que la luz del sol se desvaneciera para siempre.



Mi madre me llevó al acuario el último día de su vida. Ella juraba que llegaría a ser un biólogo marino, la vida del océano me enloquecía. Yo tenía documentales y libros sobre los misterios del mar que sabía de memoria. Me había prometido que iríamos al mar cuando llegaran las vacaciones. Yo nunca había ido y nada me entusiasmaba más.

Mi madre llevaba un vestido corto y el pelo recogido. Se veía hermosa. Me gustaba tomarla de la mano y caminar a su lado. Ese día recorrimos los pasillos del acuario mientras oía todo lo que yo tenía que decir sobre cada pez. Recuerdo su sonrisa y la manera atenta de escucharme. Me sentía feliz a su lado.

Al día siguiente mi madre no estaba en la puerta de la escuela a la hora de la salida. Una hora más tarde, cuando de

los alumnos sólo yo quedaba, llegó Federico, mi único tío. Me miró y lejos de mí habló con la maestra. Tenía lágrimas en los ojos. Cuando vino a mí respiró profundo y me abrazó.

Me dijeron cómo había ocurrido el accidente, aunque en el fondo no había explicación suficiente para mí. Aun ahora no puedo entenderlo, nunca pude hacerlo. Lo único claro es que algo se había roto dentro de mí en un millón de pedazos y era imposible enmendarlo.

Un mes después, cerca de la fecha de mi cumpleaños, apareció mi padre (todavía me pregunto por qué le permitieron verme). Alguien le debió hablar sobre mi fascinación por los peces y tuvo la terrible idea de llevarme a pescar. Nunca más volví a interesarme en nada que viniera del mar. Rehusé ir allá con todas mis fuerzas, hasta que un día no pude evitarlo. Las coincidencias más extrañas me llevaron a Raquel.



Mi madre me lleva de la mano por los pasillos del acuario. De pronto estoy dentro de una enorme pecera, en el agua. Ella me mira contenta. Nado como un pez, hago piruetas y ella sonríe y aplaude. ¡Todo está bien! Pero ella comienza a irse. No puedo ver su cara. No puedo salir de la pecera, quiero romper el vidrio. ¡No puedo! ¡Me ahogo!



Una parte de mí se aferra a esperar en la puerta de la escuela que llegue mi madre con su sonrisa, su vestido corto y el pelo recogido. Cuando la vea llegar todo seguirá su curso, iremos al mar y algún día seré biólogo marino. Quizá entonces encontraré a Raquel sumergida en el mar. Otra parte de mí sigue

sentada con la caña entre las manos. Tiemblo. Debo pescar algo, pero no quiero. Esa sensación persiste y me envilece. Rodeado de ausencias mis ojos sospechan de la superficie del agua. Mi reflejo me mira deformado desde ahí, desde esa piel falsa que no detendrá mi caída. Pienso en todo lo que nadé esperando a Raquel. A veces creo que sigo perdido en medio del océano persiguiendo un rastro invisible, rodeado de peces verdes que tarde o temprano también me tragarán.

Embellishment

Tú y yo tenemos algo en común: nos consume el miedo. Te he observado desde hace tiempo, intentas esconder tus manías, aberrantes todas. Pretendes ser normal, pasar inadvertido, pero eso te duele, te lastima. Pese a todos tus intentos por ocultarte, yo sé de ti, puedo leer el malestar que escondes detrás de tu mutismo. Sé, por ejemplo, que llevas escondido entre la ropa un alfiler con el que te pinchas los dedos y no te detienes sino hasta ver la sangre brotar. Cuando llegas del trabajo te masturbas frenéticamente y después te abandonas a un llanto patético. Tomas tres pastillas antes de cada comida. Cada día revisas tu pulso: ese sonido que brota de ti te habla de la muerte. Te ves en el espejo y te envileces. Con frecuencia no puedes dormir y entonces deambulas por tu casa sin encender jamás las luces. Cuando orinas doblas el cuello hacia atrás y casi podría jurar que te tiembla la mano que sostiene tu miembro.

Te preguntarás quién soy y qué demonios quiero. Podría ser tu vecino, el compañero que se sienta a tu lado en el trabajo, el empleado que te instaló la nueva línea de teléfono hace dos días o podría simplemente ser un extraño que te topas a diario en el autobús. Podría ser todos los anteriores o ninguno. Eso no tiene importancia. Tú y yo andamos a tientas por todas partes con la esperanza de no ser vistos, pero como puedes ver me he dedicado a vigilar tus pasos. Me he dicho, para explicarme esta obsesión, que observarte me construye la paz que buscó desde hace tiempo. Me reconforta pensar que hay alguien con quien

puedo medir mis propias manías. No te preocupes, no estoy proponiéndote ningún tipo de relación. Los hombres como tú y yo no pueden involucrarse con nadie, menos entre nosotros. Sólo quiero explicarte algo.

Todo empezó una tarde de lluvia, aquella en que se vino abajo el árbol enorme de la esquina de tu casa, ¿lo recuerdas? Me detuve a ver el espectáculo (siempre he preferido contemplar un árbol derribado que uno en pie: la belleza del primero es excesiva, fugaz y por ello sublime). Con dificultad tomaba fotografías protegido con un enorme paraguas negro. Entonces te vi pasar. Caminabas bajo la lluvia con tu diminuto paraguas cerrado. Ese gesto, quizá desquiciado para estos tiempos, me hizo reparar en ti. Murmurabas entre dientes, vigilabas a tu alrededor y te mordías las uñas. Llevabas la ropa empapada por completo y al entrar a tu casa te sentaste de inmediato en el sofá con el gesto contrariado. Tu rostro demacrado se enmarcó perfectamente en la ventana, olvidaste morder tus uñas y colgaste la mirada en el infinito.

Ese hueco en la pared, carente de cortinas, era la boca abierta de una bestia sin ojos. Tú eras el bocado moribundo esperando la mordida final. Por completo inmóvil, resignado y en mal estado, eras la víctima. Yo, parado afuera con mi paraguas negro, era el espectador morboso de un cuadro extraño. Saqué mi cámara sin ninguna reserva y ahí nació la idea que me ha traído hasta aquí.

En ese primer encuentro pensé que podrías ser un tipo raro o alguien normal con un pésimo día encima. Por tu gesto me incliné por la primera opción. He aprendido a olfatear a los de tu especie. Cuando descubro alguno lo observo el tiempo necesario, pueden ser meses, y después, cuando ya no tienen nada que ofrecerme, los dejo ir. Contigo las cosas han sido distintas. Después de quedarme no sé cuánto tiempo frente a tu ventana

sin que repararas en mi presencia, supe que me darías lo que busqué hasta la obsesión. Verás, soy un buscador de impresiones. Inicié mi carrera desde muy joven. No sabes el precio que he tenido que pagar por tomar, o robar, si quieres, algunas de esas impresiones ajenas. Lo verdaderamente importante es que una vez en la cámara todo se vuelve mío. He llegado a pensar que hasta tú me perteneces: esa idea me deleita.

Entrar en tu casa fue cosa de niños. Lo que en verdad me costó fue soportar la suciedad en que vives. En mi primera visita, mientras estabas en el trabajo, tuve que desistir y salir a punto de vaciar el estómago. Sin embargo, mi curiosidad fue grande. Regresé con guantes, un impermeable y un cubrebocas. Con ese disfraz y mi cámara envuelta en plástico adherente recorrí tu casa. Sentí un impulso enloquecedor por limpiarlo todo, pero no quería que supieras de mí tan pronto. Me dije que todo debía de ser a su tiempo.

Tomé algunas fotos en blanco y negro en esa visita. Tengo las imágenes en mi cabeza: un lejano reflejo de mi disfraz bajo la superficie opaca del espejo. Tazas de café desafiando el equilibrio sobre el lavabo. Un cálido hilo de luz sobre el alucinante mundo de hongos encima de los platos sucios. Cadáveres de cucarachas aquí y allá, tendidas boca abajo con las patas en una súplica eterna y suspendida. Excremento de roedores entre los pocos platos limpios. Sarro en el baño. Un cenicero rebosante de colillas y un sofá invadido por manchas de café y quemaduras de cigarro.

Sí, este lugar que habitas es un asco, una aberración; sin embargo, lejos de desistir debido a la poca higiene me fascinaron el escenario y los actos que aquí me ofrecías. Tomé ciertas medidas antes de volver. Te sorprenderá saber que incluso hemos compartido la casa más de una noche. Me arriesgué quizá demasiado a ser descubierto, pero no soy tonto, aprendí

muy pronto que no lees las señales ni los rastros de cualquier anomalía. Eres distraído hasta la desesperación. Yo, por el contrario, examino la chapa de mi puerta antes de poner un pie dentro de la casa. Sé por experiencia que no se puede confiar en nadie.

He estado tan cerca de ti que conozco el olor de tu cuerpo. Te he visto dormir. Me gusta en exceso ese efecto de sentirme dueño de la situación y de saber que yaces frente a mí desprovisto de todo entendimiento o fuerza. No he resistido la tentación de sacar mi cámara y llevarme pedazos de ti mientras duermes: el hilo de saliva deslizándose de las comisuras de tus labios, tus pies desnudos sobre la sábana, tus manos por fin quietas y tu pene echado de lado como un animal herido. Te conozco más de lo que piensas. Sé, por ejemplo, que en este preciso momento te debe temblar la mano derecha y que la comezón en el pecho se hace ya insoportable. Por fortuna no debo suponerlo ni imaginarlo, estoy aquí para verlo. Sí, no puedes verme y tu respiración se vuelve insoportable, casi puedo oler tu pánico. ¿No sabes dónde estoy? ¿No sabes en qué lugar de la casa me he escondido para observarte? Quizá escuches el disparo de mi cámara, quiero tenerte así también, pero no te detengas, sigue leyendo. Estoy a punto de explicarte todo.

Esa tarde frente a tu ventana capturé una imagen monstruosa, aterradora, de una belleza capaz de perturbar hasta el último resquicio de mi mente. Esa expresión tuya entregada al desaliento, la tragedia reflejada en todo tu ser y en tu entorno me hicieron caer en manos de la ansiedad. Quería verte de nuevo, y sobre todo quería saber más. Me dije mil veces que debía dejar las cosas así, saber demasiado es arruinar la única impresión que guardamos como una joya. Sé muy bien que la imaginación siempre será más grande y más sublime que la realidad, pero tenía una necesidad extrema de volver a verte y

saber de ti, de la causa de tu desaliento. Quería tener más de esa mueca tuya.

Hace años fui internado en una clínica, ahí conocí a un hombre muy joven parecido a ti. Él también era alto, delgado y con la misma mirada perdida. Era hijo de una pareja inglesa que había migrado al país por asuntos de trabajo. Muchas veces vi llorar a la madre mientras caminaban por los jardines, sin poder captar en lo más mínimo la atención de su hijo. Yo casi podría jurar que él nunca estuvo aquí en la tierra. En sus labios tenía una palabra todo el tiempo, la repetía como un mantra, como un dulce inagotable que tuviera en la boca: “*Embellishment, embellishment*”... Una sola vez intenté hablar con él. Me le acerqué un momento en el jardín donde nos sacaban a tomar el sol. Yo temblaba. Sus ojos enfermos eran un par de soles a punto de derretirse en un mar infinito. Nunca me miró, su mirada estaba fija en algo que nadie más podía contemplar. “*Embellishment*”, me dijo con sus labios suaves. El eco de esa palabra me persigue desde entonces.

Tiempo después supe que él murió ahogado en un lago lejos de aquí. No fue un accidente, lo sé por el recuerdo de sus ojos. Y casi puedo escuchar la resonancia de sus palabras sobre el agua antes de hundirse para siempre.

Cuando te miré a través de la ventana no pude sino repetir aquella palabra tan suya. Sólo entonces entendí el significado profundo de ese vocablo extranjero, no por pertenecer a otra lengua, sino porque él y su mente pertenecían a otro mundo. Él entendía algo que nosotros no. O quizá tú lo sepas. Me pregunto eso. Sé que no tienes un lago para hundirte, pero deseas apagar tu conciencia. Lo supe de inmediato y decidí quedarme a tu lado, escondido como estoy ahora, hasta que ocurra lo irremediable. Quiero robar el instante en que tu mirada se extinga para siempre. Necesito tener la imagen de

tu cuerpo derrumbándose como ese árbol enorme la tarde que te vi por primera vez. Quiero ver tu cuerpo abandonado por la vida. Quiero ver, como si fueras un ramo de rosas seco y olvidado, toda la belleza que hay dentro de ti.

Designios para mi próxima existencia

Comenzó ayer por la mañana. Justo antes de abrir los ojos descubrí una sensación extraña en la garganta: algo atorado, ganas de vomitar. En el espejo, la cara entre soñolienta y asustada, los ojos heridos por la luz, la boca abierta, muy abierta. Al fondo, donde el cuerpo comienza a volverse un misterio, se asomaba algo con una blancura y un brillo sospechosos. El pánico sacudió mi corazón y derramó la poca sensatez con la que me disfrazo a diario. Tomé mi garganta con las dos manos, como si quisiera estrangularme, e inevitablemente recordé la historia de la lombriz que salió de la boca de mi primo, o al menos eso me contaba para hacerme sufrir cuando éramos niños. Por mucho tiempo me persiguió con la boca más abierta que un cocodrilo; me prometía que tenía una para mí. “Entonces era una niña, ahora soy una mujer”, me dije para darme valor con la respiración entrecortada. Busqué a la mujer en el espejo, pero sólo encontré a la niña perdida en ese cuerpo mayor.

Deseé ser de verdad una niña y relegarle el problema de la garganta a mis padres. ¿Qué habrían hecho ellos? Seguramente cada uno por su cuenta me habría revisado para concluir que no había nada, que era un invento de mi cabecita, como había pasado con el bebé que nunca creció en mi vientre o como la hormiga que nunca se metió hasta el fondo de mi oído para hablarme de los muertos. Después los escucharía pelear en la cocina. Platos, ollas, tazas estrellándose contra el piso porque la niña era una rara. “Por tu culpa”. “No, por

la tuya, tú nunca estás, ¿qué esperabas?”. Me asustaría tanto que correría a buscar un escondite, uno nuevo donde no me encontraran en todo el día, en toda la vida, de ser posible.

Cuando eso pasaba quería desaparecer, aunque muchas veces sospeché que en realidad yo no existía, como no existían el bebé dentro de mi cuerpo de seis años, la hormiga en mi oído y esta lombriz intentando escapar por mi garganta. Cualquiera habría pensado en lo ridículo de todo esto, pero yo tenía terror.

Quizá si tomara agua, mucha agua. Quizá si comiera picante. No, mejor vidrios rotos. Eso debía matar a... Sin embargo, no estaba segura de lo que era. Siempre desprecié ese miedo irracional a lo que no existía: la lombriz en la boca de mi primo, ¿en la mía?, el cáncer, el sida, un infarto detrás de cualquier dolor ocasional, un virus exótico y mortal abriéndose paso dentro de mí de manera silenciosa. Sí, como fuera, lo mejor era un poco de veneno para ratas. Sólo un poco bastaría.

Salí a la calle con el pelo revuelto, un saco encima de la piyama y una mano presionando mi garganta. En realidad no sabía adónde iba, nunca antes había necesitado veneno para ratas. Estaba tratando de tomar una dirección cuando mi estómago vació lo poco que contenía. Entonces lo vi: un hilo blanco y brillante quedó colgando de mi boca. Caí de rodillas y jalé con toda mi fuerza. Algo por dentro se deshacía, lo podía sentir, pero el hilo no cesaba, acompañado de algo parecido a restos de órganos o coágulos cuyo olor me causaba repulsión y escalofrío.

En poco tiempo una maraña de hilo enredado se hallaba entre mi cuerpo y la suciedad del concreto. Parecía imposible encontrar la otra punta, así que lo tomé entre mis brazos para llevarlo a casa. Cuando intenté levantarme mis pies eran como un trapo, ya casi no los podía sentir. Con gran dificultad

volví hasta mi puerta. A salvo, en la soledad de mi casa, he pasado todo el día y parte de la noche tirando del hilo casi hasta desaparecer. Ya lejos del miedo que sentí al principio he comprendido que el hilo es la materia que forma mi cuerpo, eso me ha dado calma, un poco de emoción incluso. No dejo de pensar en la mejor versión que tejeré de mí.

La habitación de los sombreros

Primero fue un cosquilleo a la media noche. No supo si aquello era una molestia. Era más bien algo raro. No creyó en ese momento que debiera preocuparse por una simple cosquilla en el corazón. Tampoco supo qué pensar la mañana siguiente, cuando sintió un pequeño orificio donde antes percibió el hormigueo. No es que antes hubiera tenido un hueco en el centro del corazón, pero sabía lo que era, como sabía que en sus manos había dedos, piel y uñas. Podía sentirlo, era evidente.

Después del almuerzo dormitó delante del periódico. Se despertó con la misma sensación, mas esta vez fue incluso doloroso, punzante. Pudo sentir un movimiento, un arrastrar de patas en el interior de su carne. Después, una hilera de dientes pequeños y afilados hundiéndose en su corazón. Se llevó la mano al pecho con sobresalto. Quiso rasgarse la piel para sacar al invasor, pero sólo logró quedarse quieto. El bicho también se había detenido. Lo supo de la misma manera que sabía de sus dedos, su piel y sus uñas. El intruso descansaba en el orificio que había cavado. Entonces todo cambió, el anciano con la mano tensa sobre el pecho tuvo la temible certeza de que el vacío seguiría creciendo irremediablemente. Desaparecería su corazón y también él. Recordó entonces al abuelo.



Cuando niño su madre lo llevaba a visitar a los abuelos, que vivían lejos de la ciudad. Bajo la mirada de la infancia era un

hogar encantado, lleno de prodigios y luz. Al sortilegio de la vieja finca debe agregarse su cercanía a una laguna que ni él mismo podía abarcar con la mirada, ahí los días pasaban inundados por la paz y la felicidad. Nunca más en la vida adulta volvería a experimentar aquella dicha a pesar de buscarla: era en vano, lo sabía. Las visitas se extendían por días y semanas en aquella casa y en verdad eran periodos de completo júbilo. Pero hubo una vez en que todo fue distinto. Llegó con su madre en un taxi ya entrada la noche. Cuando estuvieron afuera de la casa ella suspiró muy hondo y le tendió un par de billetes al chofer con mano temblorosa. El niño creyó que su mamá tenía frío y le tomó la mano para ponerla entre las suyas. Por las mejillas de la mujer resbalaron unas lágrimas anchas y pesadas. Él pensó que había hecho algo muy bueno y sintió calor y bienestar en el corazón.

La vieja puerta de madera se abrió con la misma dificultad y el mismo escándalo de siempre, sólo que ahora, de noche, ese sonido tan familiar se antojaba macabro. Después de abrir la puerta, una mujer joven y pálida dijo con voz entrecortada que el abuelo estaba en su habitación. El niño no la conocía, pero su madre la abrazó de inmediato. La joven estaba vestida de negro y en la mano sostenía una vela. La dorada luz suspendida del pabito alargaba y deformaba todos los objetos que a la luz del día eran sin duda otros. El pequeño, asustado, se pegó a las piernas de su madre cuanto pudo.

En la habitación había un aire solemne. Varias mujeres vestidas también de negro rodeaban la cama en silencio. Se abrazaron entre ellas cuando el niño y la madre atravesaron el umbral. Los abrazos sucedían arriba mientras él luchaba por seguir cerca de su madre. Tenía miedo. Sabía que algo pasaba, algo que en su conciencia de niño no podía comprender del todo. Su madre estaba en los brazos de la abuela, las dos

lloraban con un llanto mudo y conmovido que se rehusaba a romper el silencio. No resistió más y a pesar de la turbación miró hacia la cama. El abuelo siempre había sido un hombre alto y delgado; sin embargo, ahora, postrado ahí, hacía pensar en el cuerpo de un gigante que sin duda debió tener una vida triste con ese tamaño.

Él y su madre se acercaron a la cama. Temeroso pudo ver con mayor claridad al abuelo: respiraba con dificultad y no despejaba la mirada del techo. Su rostro estaba pálido, los ojos hundidos y llorosos, pero muy abiertos y fijos. Los huesos de sus pómulos sobresalían casi con angustia y había un olor avinagrado en torno suyo. Desde la altura del niño el abuelo era una colina desmoronándose. No quería estar tan cerca del derrumbe, mas estaba ahí, a su lado, cerca de su respiración irregular y fatigada, tan cerca que casi podía tocar su mirada lastimera. Hubo un intercambio de palabras entrecortadas y sin sentido para él entre el abuelo y su madre. Miró hacia el techo para ver qué era lo que contemplaba el abuelo con tanta desesperación. A pesar de sus esfuerzos no pudo ver nada. De pronto, un llanto repentino y agudo lo sacó de su curiosidad antes de encontrar cualquier respuesta.

Hasta el momento el niño había tenido la sensación de estar en una habitación de cristal donde nadie se atrevía a acribillar el silencio, pero ahora todo se había venido abajo. No quedaba más que andar entre los restos de los vidrios rotos, hasta que un día no quedara sino el polvo fino del recuerdo. La abuela, su madre y las tías lloraban como nunca antes vio hacerlo a nadie, se habían olvidado de él. Sintió pánico ante el dolor desmedido y comenzó a llorar también. No era por el abuelo o por su madre, quizá lo hizo por él mismo, porque supo algo que nunca pudo explicarse con palabras, aunque le quemaba ya en las venas: algo más dentro de él había comenzado a

desgarrarse también, una grieta apenas perceptible, el principio de un rompimiento más grande e innombrable.

“Nadie pudo decir ni hacer más durante mucho tiempo. Pero el cuerpo grande del abuelo decía muchas cosas. Ahí tendido, callado, cada vez más frío, cada vez más pequeño, decía y decía con gritos impacientes, inhumanos. Sus ojos clavados en la nada eran la angustia, el terror, el vacío. ¿Qué miraba el abuelo con los ojos tan abiertos? No lo queríamos saber, aunque él con su muerte encima lo decía todo. No hacía falta saber más. ¿Y qué caso tendría cerrarle los ojos? El abuelo nos seguiría observando de todos modos. Él y su muerte no se irían hasta irnos algún día también nosotros. Ésa era la verdad, aunque no quisiéramos saberla. Pero aunque fuera un gesto mínimo alguien tenía que callarlo, alguien tenía que dar el primer paso para intentar superar lo que irónicamente con la muerte del abuelo habíamos vivido. Por fortuna la mujer joven que abrió la puerta le puso una sábana encima. Todos nos sentimos un poco más aliviados después de ese gesto que nunca supe si calificar de humano”.

La madre se conmovió por el niño y lo llevó a la cocina a tomar un vaso de leche caliente. En aquel espacio de la casa algunas mujeres, vecinas y familiares preparaban bebidas para las sombras encogidas que poco a poco poblaban el patio. Hubo que sacar sillas de todas las habitaciones. El niño miraba con atención aquel ritual que nunca antes había visto. Se sintió reanimado por estar ahí, cerca del calor de las ollas, cerca del olor reconfortante de la canela y el café, pero en esa casa, en esa noche, no se estaba del todo a salvo. Las voces de las sombras sentadas en el patio se convirtieron en un murmullo, en un enjambre de abejas y moscas. Los rezos llegaban hasta ahí en olas interminables de súplicas y dolor:

—Ruega por él, ruega por él...

“...Con su cuerpo de gigante y su silencio lleno de verdades inconfesables”.

—Ruega por él...

“...Con sus ojos macabros, testigo ciego”.

—Ruega por él...

“...Que se lo tragarán los gusanos”.

—Ruega por nosotros...

“...Por nosotros, que algún día también estaremos con los ojos fijos”.

—Ruega por nosotros...

“...Que nos corroe el miedo cada día”.

—Ruega por nosotros. Por mi culpa, por mi grande culpa, por mi grandísima culpa...

El niño despertó cuando el sol ya estaba muy alto. El ajetreo y los rezos seguían allá afuera y él estaba solo en una cama grande. Sin levantarse miró a su alrededor. De las cuatro paredes de la habitación colgaban sombreros de distintos colores y formas, eran todos del abuelo. Tuvo miedo de estar ahí, no porque el abuelo estuviera muerto y esos fueran precisamente sus sombreros, sino porque la abuela lo había descubierto jugando con ellos en su última visita.

—Mejor juega con otra cosa, esos sombreros han estado allí colgados por años y pueden estar llenos de alimañas, bichos que comen el corazón —dijo la abuela.

La sola idea lo hizo saltar fuera de la habitación aquella vez. No quiso volver a entrar a ese cuarto, mas ahora estaba ahí, había pasado la noche en la habitación de los sombreros, alguien lo había llevado dormido. Temió que alguno de los bichos hubiera entrado ya en su carne y ahora mismo buscara su corazón. Temió moverse y descubrir rastros de sangre en su piel. Pero más que nada temió morir como el abuelo.

Paralizado por el miedo recordó que antes de quedarse dormido vio el cuerpo gigantesco del abuelo envuelto en la sábana, rodeado de velas y mujeres negras cuyas sombras se alargaban y encogían por todas partes. También escuchó a los gatos chillar con desasosiego mientras los hombres les aventaban agua hasta la azotea para silenciarlos. En el patio el viento soplaba, frío, y agitaba una camisa del abuelo que había quedado colgando para recordarnos la muerte por encima de todo. Su espíritu o algo cercano a él debía flotar en esa camisa vieja. De pronto, en cada gesto vio la mueca dolorosa del abuelo antes de morir. Algo de él estaba en cada silla asistiendo a su propio funeral; estaba en cada objeto que en vida había tocado recordando a todos su propio final.



La mente del anciano con el intruso en el corazón volvió a la habitación de los sombreros. Se quedaría ahí atrapado, mirando cada uno como si allí se engendrara la muerte, recordando que alguna vez estuvieron posados sobre la cabeza de su abuelo. Ahora era su turno, todo se vendría abajo. El bicho había tardado muchos años en encontrar su corazón y estaría famélico, ansioso. Su muerte sería rápida, el hueco se haría cada vez más grande y él cada vez más pequeño. Alcanzaría el frío de la tierra porque su corazón desaparecía como un pedazo de pan sobre la mesa. Lo devoraba la vida, sin que nada ni nadie pudiera detener esa hambre ciega e incontenible.

Equilibrista

Ella soñaba con ser equilibrista. O quizá sería mejor decir que ya era una equilibrista, aunque no lo sabía, ni siquiera lo sospechaba porque su cuerpo estaba hecho de silencios. Cada noche, como si fuera otra, se pintaba la carita de artista de circo y salía a dar la gran función. Sus pasos la llevaban sobre extrañas alturas con la mirada colgada del vacío. La luz se aferraba a ella: pequeña luciérnaga en medio de la oscuridad. La música cesaba, incluso el redoble de tambores. El silencio la convertía entonces en una mujer etérea. La belleza era verla moverse tan cerca de la muerte, forjar el equilibrio desde el ombligo y avanzar en la delgada línea. Avanzar, avanzar, avanzar. El arqueo de la espalda en la mitad del trayecto. Abajo, los espectadores la miraban con la respiración contenida. Los enanos parecían desdoblar su altura y los osos y leones abandonaban su furia. Pero al tocar la tierra ella se olvidaba de todo. Llegaba a su destino sin darse cuenta del peligro que había sorteado y tan sólo le quedaba el pasado como un deseo trunco.

Señales

Camino por la primera calle. Sigo las señales anotadas en el pedazo de papel humedecido en mi mano. Pienso en las circunstancias que me obligan a seguir a pesar de la repugnancia y el miedo. Pienso también en lo que diré cuando por fin me encuentre frente a ellos, aunque sé que escucharán poco o nada de lo que diga. Me juzgarán por mi apariencia, pero esto que verán, lo que va quedando de mí, es un ridículo disfraz que intenta agradecerles por una necesidad que se me escapa de las manos, por una miseria construida por ellos mismos siglos antes de mí. Sí, ellos fraguaron esta pobreza, este malestar que nos consume y nos resuena en el estómago en forma de hambre y desasosiego. Nadie tendría la suficiente desvergüenza de explicar por qué entonces voy hacia ellos a suplicar un poco de lo que tienen a manos llenas. Nadie. Ni siquiera yo misma me atrevo.

Una perra famélica me mira con sus ojos profundos del color de las almendras. Un momento antes buscaba comida entre la basura amontonada en una esquina. Lleva los huesos pegados a la piel y las tetas delatan su desesperada maternidad. Sin duda busca algo para sus cachorros. Tenemos más en común de lo que se pudiera pensar. Por eso nos miramos como si entendiéramos que estamos hechas de la misma materia. Abandono su mirada. Ella se lame una herida abierta sobre el nacimiento de la pata trasera. Yo sigo las señales que llevo en la mano, en el sudor de la mano.

Ella se relame. Yo miro una vez más mi vestido negro con desconfianza. Quizá debí conseguir uno blanco y recogerme

el pelo. No importa, me digo, porque de cualquier forma mi disfraz seguiría siendo un campo minado de dudas. Lo mejor sería apresurarme y dejar de pensar, como ellos quieren. Pero entonces vuelvo sobre lo que diré ante su cruel presencia. Quizá si digo algo coincidente entre sus intereses y los míos. Ya lo sé, no hay punto de encuentro. Lo que persiguen y lo que yo necesito está tan lejos de suceder al unísono, como el día y la noche. No quieren ni siquiera palabras sumisas, quieren una muñequita muda y obediente. Lo sé, por eso me cuesta tanto ir y pretender que soy otra, una mujer que dejó de pensar y sentir: el resultado de lo que ellos mismos han fraguado en estos siglos oscuros que nos preceden.

De buena gana me daría la vuelta y regresaría hasta el final de la calle, esperarí el autobús y en menos de una hora estaría de nuevo en casa, pero necesito dinero. Ésa es la parte terrible. No puedo volver sin una solución, una solución por lo menos temporal. Dicen que se gana bien. Eso dicen y se olvidan de lo demás. Lo demás es todo. Lo demás es vivir tranquila, que Sago, Li y mi madre tengan comida sobre sus platos sin que yo tenga que perder lo poco que queda de humanidad en mí.

Avanzo por la primera calle porque pronto no habrá nada. Daré vuelta a la derecha porque él se fue cuando Li era pequeña. Caminaré tres cuadras más, doblaré a la izquierda y subiré las escaleras que llevan hasta el edificio donde me esperan. Eso dice el papel donde llevo las indicaciones escritas con letra rápida y nerviosa, con letra que desea no ser escrita, que aspira a desaparecer antes de lograr su cometido. Una letra que quisiera plasmar los nombres de mis hijos y guardarlos en un lugar seguro, como si eso fuera suficiente para mantenerlos vivos y a salvo.

Pienso en sus caritas tristes. “¿Adónde vas, mami?”, me preguntó Li cuando me vio arreglando lo que queda de mí

frente al espejo roto. “Ah...”, contestó con su boquita húmeda. Sago ni nos miró. Fingió que jugaba en el patio. Fingió que no escuchó porque es mayor y entiende más de lo que yo quisiera. No dijo nada, aunque se le notaba en la cara encajada entre las rodillas que entendía, que sabía la verdad aunque yo la ocultara debajo de mi vestido viejo.

Ellos no querrán saber de mis hijos y de mi madre, que vive con nosotros y no puede trabajar desde el accidente. Sago entonces era muy pequeño, pero recuerda todo. Su capacidad para rememorar los eventos desafortunados me congela. Todavía puedo escuchar sus preguntas, que no se le caían de la boca: “¿Dónde está la pierna de Nana, mamá?, ¿por qué la cortaron?, ¿le va a crecer otra?”. Yo no tenía respuestas que no hirieran su propia coraza, su coraza tierna. Poco después su padre no volvió. Sago se quedó callado durante mucho tiempo. No es que no tuviera dudas, tenía demasiadas; sin embargo, su agudeza superaba su infancia y la rompía en pedazos diminutos que mi impotencia era incapaz de enmendar.

El papel arrugado en la mano me quema. En lo más profundo de mis deseos quisiera perderlo, pero ya es tarde: estoy frente a las escaleras. Arriba encontraré el edificio. Arriba tendré una solución, si es que se le puede llamar así. Desde el primer peldaño mis órganos se encogen haciendo un sonido parecido al de un gato lastimado. No es un camino grato ni corto. Es más bien extraño: su angostura sólo permite a una persona a la vez circular por ahí. Además, un par de muros demasiado altos impiden ver hacia un lado o hacia otro. Se trata de un camino zigzagante. Se tuerce caprichosamente sin dejar ver el camino andado ni el que está por venir. Son unas escaleras ciegas, pienso con una sospecha que merma la poca seguridad que había en mí. Si no fuera porque pronto no habrá lo poco que hay no subiría más por este laberinto, por esta boca de lobo.

Por si fuera poco, cuando logre llegar hasta arriba me rodearán con sus ojos terribles, se creerán dueños de mi cuerpo por el simple hecho de estar ahí, pidiendo unas cuantas migajas para poder sobrevivir. Ellos sólo verán esta cáscara frágil, esta coraza adolorida, porque no sabrán cómo ver hacia dentro, ni siquiera a través de los resquicios que duelen como heridas siempre abiertas, latentes. No sabrán. Sólo me juzgarán como se juzga un pedazo de carne detrás de la envoltura con próxima fecha de caducidad.

Ellos querrán ver mi mirada desahuciada, baja, llena de espanto, eso los hará sentirse superiores. Sabrán que estoy sola y desesperada. Lo sabrán por su olfato agudo. Entonces podrán atacar y yo deberé quedarme quieta, muy quieta, con una sonrisa tonta estampada en la cara, con la rabia metida en la garganta hiriendo como púas. Todo para recibir unas cuantas migas.

Yo seré la perra famélica buscando en la basura, en su basura. Correré la misma suerte de los objetos que se van agotando hasta no servir más. Entonces menos querrán saber nada de mí. Nada de Li, nada de Sago, nada de mi madre, nada de su pierna amputada, nada de la anciana desahuciada para la que trabajé hasta ayer. Sólo querrán saberme acabada, al borde del colapso, lista para obedecer de nuevo sin razonamiento alguno, con la misma ceguera que lo domina todo.

Casi pierdo el aliento y no he llegado todavía a la mitad. Los zapatos me lastiman, pero con ellos me veré presentable ante sus ojos indolentes. Subo despacio, con una creciente sensación de asco y escalofrío: nacen de estas escaleras olores a orina y excremento. El abandono de este lugar me hace temer aún más: si la entrada al edificio es una cloaca lo que hay por dentro será más repugnante. Aunque traten de esconderlo, bajo la superficie de azulejos blancos debe haber algo terrible. Así lo imagino: blanco, impecable y terrible.

Descubro un zapato de mujer abandonado en mitad de la escalera. No me atrevo a tocarlo. Es viejo, como los míos, de mujer que quiere verse presentable a pesar de su miseria, presentable ante ellos, aunque la indignación queme el rostro, el pecho y la carne entera. Me pregunto de quién fue ese zapato y qué hace aquí. Todas las posibles respuestas me roban el aire. Y sin poder evitarlo viene a mi mente el cuento que le gusta a Li, aquél donde Cenicienta pierde la zapatilla de cristal. Pero ése es un cuento de hadas, un tratado de crueldad sobre la realidad de las mujeres como yo, como mi madre, como lo será la propia Li con su herencia brutal. Perder un zapato en estos tiempos es un signo de terror. Aprieto los labios. No quiero pensarlo; sin embargo, lo pienso: lo mismo me puede pasar a mí.

A mis piernas les cuesta seguir. Me gustaría regresar, pero ¿qué les voy a decir, que encontré un zapato tirado en las escaleras y por eso pronto no habrá nada de lo poco que hay? Adelante hay algo más. Ahora es una duda horrorosa lo que me hace andar despacio, como debajo de un mar turbio. Son unas medias roídas. La forma de una de las piernas está extendida sobre la suciedad del piso, la otra está enrollada, perdida, como la pierna amputada de mi madre gracias a la negligencia laboral, y más tarde gracias a la negligencia médica.

Tiemblo y avanzo sin dejar de encontrar rastros de algo que me aterra comprender. Un vestido desgarrado. Un pequeño bolso abierto, vacío. Hay más, sé que hay más. Mechones de pelo en diferentes tonos y tipos. Es el pelo de muchas mujeres arrancado a la fuerza. A lo lejos hay algo pequeño, algo que no alcanzo a distinguir. Todavía supura sangre y desprende un olor denso. Siento pánico, náuseas, ganas de gritar, llorar, salir corriendo. Sé que no podré pasar por ahí, donde ese pedazo de carne no termina todavía de morir, y pretender que no pasa nada.

Las campanas de algún templo cercano suenan, no dejan de sonar adentro, en mi cabeza. Debe ser la hora. Ellos me estarán esperando allá arriba. Deberán estar juzgando la hora, mi tardanza. Pero el miedo no me deja moverme ya. Tengo la boca seca y el cuerpo hecho un harapo. Quisiera bajar, quisiera controlar mi respiración para que nadie me escuche, para que nadie sepa que estoy aquí sola, desesperada. Respiro, trato de respirar y de controlar el corazón. Es difícil, mi memoria acorralada insiste en el pedazo de carne tirado más adelante. Ahora me doy cuenta, la memoria de Sago y la mía tienen una terquedad humana, demasiado humana.

Ya no puedo comprender ni justificar la desesperación que me trajo hasta aquí. Comienzo a bajar de a poco con las piernas débiles, dominadas por un temblor desquiciante. Quisiera bajar más rápido, la idea de encontrar la calle de nuevo me impacienta. Aquí falta el aire. Aquí falta todo. Pienso en Li y en Sago. Sé que me esperan.

El aire tarda en llegar. Imagino la calle, la presiento. Todo será cosa de seguir bajando, aunque lo haga a gatas. Pronto los últimos escalones estarán al alcance de mi vista. Pronto. Pronto. Casi puedo oler la calle. Pero... alguien más comienza a subir. Son ellos, o el resultado de lo que han fraguado por siglos antes de mí. Puedo escuchar sus pasos contra el piso. El ruido de las navajas contra el muro. El ruido de sus dientes. El ruido del corazón, el mío. Su mirada no tendrá ni siquiera un sorbo de humanidad como había en los ojos de la perra famélica. No sabrán ver porque el poder los ha cegado para siempre. Sólo olerán mi cuerpo y sabrán que no estoy hecha para el olvido.

El miedo y la sal

El hombre dijo que ante la certeza de la muerte lo mejor era despojarse del miedo. Eso dijo y comenzó a caminar en la dirección opuesta. Me pasó por la cabeza detenerlo, gritarle que ya antes lo había intentado, pero que nunca supe cómo parar el miedo. Él sabía algo que yo me negaba no sólo a entender, sino más precariamente a ver. Quise gritarle, implorarle que me dijera más. Quería, ante todo, asirme a sus certezas, creerlas mías y quizás así dejar de temer. Mas no hice nada, me quedé inmóvil mientras me convertía en estatua de sal, con los ojos abiertos, fijos, pero sin mirar.



La luz del sol era una miel dulce y sagrada que se pegaba a la piel. A pesar de eso llegué temblando. Él no me esperaba, nunca lo ha hecho, aunque fui de todos modos por una infatigable necesidad mía. Me quedé sin palabras apenas lo vi. Luego vino algo inesperado, algo que no podía ocultar. Ahora me digo que mi cuerpo habló por mí cuando la sal comenzó a salir por mi sexo. Caía sobre la duela con un ruidillo seco e incesante. Me miré ruborizada en un espejo antiguo. Mi cuerpo era un reloj de sal.

Hablamos con la mayor naturalidad que se puede fingir entre dos seres humanos mientras la sal caía y dejaba montículos depravados por todas partes. Él me miraba con disimulo, como si esa sal no fuera mía, de mi sexo. Hablamos sin decir nada.



Yo tenía la boca hinchada de deseo; sin embargo, nada sustancial salió de ella porque la sal entre mis piernas, entre mis labios húmedos, lo decía todo, no dejaba de decirlo con su sonido incesante. Me sentí avergonzada en esa casa vieja llena de ojos. Todos sabían que la sal era mía, venía de mi cuerpo, de mi deseo frustrado hacia él, que me miraba con un disimulo casi tierno.



Cuando terminé la copa de vino que me ofrecieron al llegar me marché sin despedirme de nadie. Detrás de mí un sendero de sal indicaba mi camino, mi ausencia. En vano deseé que él lo siguiera. No lo hizo, no lo haría, y esa certeza ensanchaba mi temor y mi vergüenza. Entonces vi a ese hombre, caminaba en dirección contraria a la mía. Miró el hilo de sal y se detuvo con un suspiro.

Fronteras

Estamos cerca del límite fronterizo. Óliver parece ignorar el calor y se dedica a marcar el ritmo de la música en el volante mientras maneja. A mí me cuesta respirar. El sudor corre por mi cuerpo y la ropa se me pega a la piel como un plástico adherente. Hace tiempo que el aire acondicionado del coche dejó de funcionar y ninguno de los dos ha tenido tiempo de llevarlo a reparar. Sólo espero llegar al hotel para darme un baño con agua fría. Más tarde saldremos a cenar a nuestro restaurante favorito frente al mar. Pediré mariscos y una copa de vino frío.

—Las fronteras son ridículas —dice Óliver con tono impostado y sigue con sus percusiones imaginarias.

No tengo el menor ánimo de contestarle, aunque en realidad sólo trata de hacerse el gracioso; ésa es mi frase de siempre antes de cruzar hacia mi país. Aunque nunca espero respuesta él objeta que el orden nos salva. Invariablemente me quedo callada, tratando de retener mi razón para odiar las fronteras, en especial ésta, llena de sangre, desaparecidos y odio. Luego trato de espantar esa otra sensación. Óliver y yo hemos cambiado tanto que ya no estamos en el mismo camino, o pienso que tal vez nunca estuvimos en ese punto imaginario y sólo creímos que era así. A veces creo que me he forzado tanto a estar a su lado, del lado de su pensamiento, de su ánimo, de su país, que he perdido mi propio punto, mi raíz. Hoy los papeles han cambiado, él se ha robado mi frase, se ha adelantado a mi predecible reacción. Algo de eso me

molesta y prefiero el silencio, ya hablaremos en el restaurante, frente al mar, con la copa de vino. Entonces me sentiré mejor.

A doscientos metros comienza la fila para cruzar la frontera. Los señalamientos piden preparar los documentos para agilizar el paso. Jalo mi bolsa del asiento trasero y nos detenemos al final de la línea de automóviles. Saco nuestros pasaportes. Miro los dos por puro aburrimiento.

—Uf, qué cara de terrorista tienes, espero que nos dejen pasar.

El comentario me brotó de forma instantánea y me siento mejor al saber que todavía me queda energía y algo de buen humor.

Óliver hace un gesto chusco, parecido al de un orangután al volante.

—Eso te pasa por atreverte a vivir con un tipo como yo.

No puedo contestarle, por detrás se aproxima a toda velocidad una ambulancia con las sirenas encendidas.

Todos los que esperamos cruzar la línea imaginaria de un país a otro nos agitamos con la presencia del vehículo de emergencias. Un hombre con facha de loco y pelo revuelto baja del coche justo al lado de la caseta de revisión y comienza a hacer señales a los paramédicos que corren con una camilla apenas lo ven.

El hombre se apresura a abrir la puerta del copiloto, sacude los brazos y grita con desespero a un interlocutor que no podemos ver. Óliver apaga la música y deja de hacer percusiones con el volante. Aun así es difícil escuchar. No podemos sacar nada en claro. Lo peor es la intensidad que alcanza el calor aquí parados, sin la posibilidad de movernos a ningún sitio mejor.

Algunos, con una curiosidad más hambrienta que la nuestra, comienzan a bajar de sus respectivos coches y poco a

poco se acercan. En pocos minutos los límites de la intimidad se rompen y hay quien comienza a grabar con el teléfono.

—¡Pinche gente! —exclamo desesperada mientras intento dar un sorbo a la botella, pero el agua está como para preparar un té—. Pinche agua, pinche calor —termino por decir al tiempo que Óliver me mira como si mirara a una desconocida que se ha metido de pronto al coche.

Uno de los paramédicos aleja al hombre de su vehículo y otros dos hablan con la persona en el asiento del copiloto. Es difícil saber qué es lo que pasa. Los teléfonos en plena grabación van en aumento, como la fila de coches detrás de nosotros. Finalmente una mujer con una descomunal panza de embarazo baja con mucha dificultad del coche. Los hombres de la ambulancia parecen rogarle para que vaya con ellos, mas ella se empeña en caminar en la otra dirección, hacia la línea fronteriza. Lleva su pasaporte en la mano, lo agita en el aire. De pronto grita de dolor y se pone en cuclillas. Algunas de las personas grabando con sus teléfonos también adoptan la misma postura para captar una mejor imagen. El cuadro en general es un tributo a la idiotez, pienso sin dejar mi botella de agua.

—No puede ser, esa mujer está a punto de parir, ¿qué hace aquí? ¿Por qué no va a la ambulancia? —se pregunta Óliver desconcertado.

—Porque quiere parir del otro lado —le contesto con mucha calma, como si lo que acabo de decir fuese incuestionable.

El hombre, que ahora asumimos como la pareja de la embarazada, regresa asustado para tratar de cargarla hasta la ambulancia; sin embargo, ella se rehúsa y se incorpora, incluso intercambian gritos y empujones. Para nuestra sorpresa un hombre fornido con facha de matón baja de otro vehículo. Sólo basta un empujón para mandar al piso la esquelética figura del hombre. Personas de otros coches bajan también,

ahora hay dos bandos: uno a favor de la mujer a punto de parir y otro que apoya al posible padre. Los ánimos empiezan a calentarse cuando la policía interviene. Todos regresan a sus coches, como cuando se arma una revuelta en el salón y alguien avisa que viene el director.

A la parturienta la hacen entrar en las oficinas. Pienso en el bebé que nacerá entre montañas de papeles migratorios y siento una pena profunda. No sé por qué, yo nunca fui nada maternal, pero llegar al mundo así, en la línea fronteriza, con los padres en plena guerra... Trato de consolarme pensando que podría ser peor, siempre puede ser peor.

Poco a poco el movimiento se reanuda. Pasamos la frontera sin ninguna otra dificultad. Avanzamos por esa otra carretera del país que me vio nacer a mí y a toda mi familia y algo parecido a la nostalgia me invade. Siempre me pasa, aunque nunca se lo confesaría a nadie, menos a Óliver. Él también está callado, ni siquiera ha encendido de nuevo la radio.

—*Man, she was crazy* —termina por decir cuando alcanzamos a ver el mar y sentimos el alivio de estar cerca.

—No, no está loca, sólo está encabronada.

—¿La defiendes?

—Sólo te digo que era evidente que estaba defendido un punto: quería que su hijo naciera de este lado del mapa. Quizá ni siquiera le importe, tal vez sólo quería joderlo a él. Para mí esa parte fue la más evidente.

—No escuchamos nada, ¿cómo puedes decir que era evidente?

—¿Recuerdas esa novela de Faulkner donde la mujer le hace prometer al marido que al morir la sepulte con su familia? Ella le pide eso aunque no le importa un comino, sólo quiere joderlo a él. El rencor de toda una vida se pagará con eso.

—¿Y de paso jode a todos los demás?

—Supongo.

—¿Supones?

No volvemos a hablar el resto del camino, no puedo, no quiero. Un malestar hecho de cosas que se quedan sin decir durante años crece en mi pecho. Óliver no es un mal tipo, pero hay momentos en que la costumbre se pega al alma como un plástico de cocina en un día caluroso. Cierro los ojos y visualizo mi copa de vino frío, quizá entonces le diga a Óliver que no pienso volver a cruzar esa frontera.

Mutilados

Se asesinaban un poco cada día para poder seguir. No es que la vida les pareciera mejor así, pero era el camino aprendido. Cada día se paseaba desnuda dentro de la pequeña habitación mientras él hacía trazos rápidos y precisos en el lienzo: ella asomada por la ventana, ella tumbada sobre la cama, ella con las manos en el sexo, ella desbordada, ella dormida. Las paredes estaban repletas de su imagen. El mundo era ella desnuda, ella filtrada a través de su mirada. El mundo era la habitación, el olor a sexo y a café. El mundo eran los libros enfilados como las paredes de un laberinto que ella recorría tocándose los senos: estatuilla de carne perdida en el tiempo, en el caos.

De a poco ella comenzó a ser los trazos colgados de la pared. Quería ser las fantasías que él conjuraba, que él necesitaba. Quería quedarse a su lado sin importar su forma anterior. Él se redujo a ser el creador de una obra repetida, presagiada, hasta que sólo quedó de ella una línea tambaleándose en el viento. Dejaron que el silencio amasara sus nuevas formas, que el doloroso disimulo cicatrizara los muñones de miel y sal. Nunca habrían confesado que tenían miedo de romper el maltrecho equilibrio que los sostenía. Se sabían un artefacto arbitrario y por eso se mutilaban cada día con una felicidad agrisulce, para tener cabida ahí dentro, en la habitación.

Memorias de un maniquí

A veces tengo la impresión de que no siempre fui un maniquí. No le cuento a nadie aquí abajo porque entonces me juzgarían loca. Pero es casi una certeza en ciertos momentos del día. Cuando por alguna razón las empleadas bajan al sótano de la tienda y un rayo de luz atraviesa la abertura de la puerta, dejando entrever sus cuerpos iluminados entre partículas de polvo suspendidas, recuerdo que quizá alguna vez fui una mujer caminando a través de esa luz. Otras veces podría jurar que sueño o recuerdo mi vida pasada. En mis memorias hay dos hijos y un hombre. Vivimos en una casa pequeña donde transcurre la vida a veces rápido, a veces lento, siempre sin darnos cuenta de que lo que nos pasa es precisamente la vida. En las mañanas trabajo en esta tienda de ropa, donde ahora soy un maniquí abandonado, y por las tardes preparo comida, lavo ropa, me encargo de los niños y de un sinfín de cosas.

En verdad no sé si eso lo sueño o lo recuerdo, porque los maniqués no soñamos ni recordamos. Al menos eso se han empeñado en decirme los otros maniqués aquí abajo. Trato de no hacer revuelo y no digo nada. Prefiero conservar la paz, suficiente tenemos ya con sabernos desechados en esta antecámara del basurero.

Algunos especulan que nuestro final será en verdad cruel. Dicen que nos enviarán a un horno donde nos harán polvo. Nos veremos unos a otros desaparecer. ¿Podrán hacer polvo también esta conciencia nuestra que no nos viene de la cabeza o del cuerpo? Porque nuestro cuerpo es tan sólo un objeto, eso

lo sé, aunque los demás se nieguen a aceptarlo. (A veces me turba pensar que mi conciencia de maniquí sobrepasa mi antigua conciencia humana. ¿Será que ahora tengo más tiempo para pensar? Quisiera dejar de hacerlo. ¿De qué le sirve a un maniquí abandonado tanto pensamiento? Pero no puedo evitarlo, es casi una condena. Si tan sólo pudiera volver a sentir frío o comezón, o ser un animal cualquiera que se arrastra en la humedad. Dejar de pensar para comenzar a sentir, eso sería algo, sería estar viva otra vez, si es que alguna vez lo estuve).

De cualquier forma, no tengo certeza sobre nuestro final y prefiero no pensar en este asunto que a fuerza de repetición se ha convertido en una demencia colectiva, en un tema de mal gusto. Hace años que estoy aquí abajo y desde entonces los mismos rumores se escuchaban ya, sobre todo entre el grupo de la esquina. Ellos pasan los días llenos de espanto. Fueron hacinados en un recodo del sótano y están mutilados. Con suerte algunas de las extremidades que les faltan están en una caja de cartón, encima de una mesa colocada en el centro de este espacio cerrado. Desde ahí la rigidez de sus brazos y piernas se alza en una silenciosa súplica que jamás será escuchada a pesar de los ruegos de sus antiguos torsos. Comienzan por hablar todos al mismo tiempo, después son gritos en la oscuridad que no entiendo y me inquietan. Ellos se han empeñado en buscar una esperanza y creen que tendrán una vida mejor. Todo es cosa de hacerse escuchar por alguien superior, alguien con la posibilidad de moverlos, de sacarlos de aquí y encontrarles un nuevo uso, una nueva vida, dicen.

En medio de esa suerte de oración convulsa pienso que quizá estamos locos y por eso nos tienen aquí, en una espera infinita. En realidad nada ni nadie vendrá, sino la misma oscuridad en que estamos sumergidos ya. ¿Quién intentará salvar a un montón de maniqués rotos y viejos? Alguna vez

quise callarlos, pero sólo conseguí acrecentar sus ruegos, y después, por días y meses, trataron de convencerme del ser superior, de mi error y de la posibilidad de alcanzar una vida mejor. Comprendí entonces la dificultad de entendernos: ellos negaban los recuerdos de mi vida pasada y yo no podía aceptar su idea del ser supremo. Me quedé callada hasta que se fueron quedando en silencio también.

He pensado que mi vida, si es que se puede llamar así a la sucesión de días y noches inmóvil aquí en el sótano, estaría mejor sin los de la esquina. Quisiera estar sin sus gritos, sin su temor. Me lastima verlos, no por su estado físico, sino por su desvarío descontrolado. Me aterra pensarlo ahora, pero me recuerdan a la mujer que quizá fui. A veces vislumbro esos días: estaban llenos de una suerte de insensatez parecida a la suya, todo era un ritual inútil y sin descanso para salvarme de un cúmulo de cosas que con el rodar de los días se hacen incomprensibles y apabullantes. Vivía con la sensación de tener un nudo ciego entre la garganta y el estómago.



Un enorme reptil me acechaba. No había tregua, se ocultaba en los rincones más oscuros de la casa durante el día y por las noches me esperaba hundido entre las sábanas, y ahí estaba yo, sin poder dormir ni respirar tranquila, tendida junto a él. A veces se atrevía a reptar entre mis piernas y yo me mordía los labios para no gritar de terror. No quería provocarlo ni despertar a los niños. Después se quedaba dormido en plena calma mientras yo pasaba parte de la noche sumergida en un llanto silencioso. Pensaba en la manera de deshacerme de él, de su mirada insoportable. Hacía planes y más planes, pero al llegar la claridad de la mañana todo se esfumaba y el miedo

volvía a dominarme. No quedaba más que seguir con el orden del día, esmerarme hasta el cansancio en todos los detalles para pretender que todo era perfecto.

Ni siquiera en la tienda me sentía a salvo de su presencia. Lo descubría disfrazado entre los clientes o filtrando su mirada espeluznante a través de los escaparates. Me vigilaba en la estación del tren, en la cocina, en la recámara, incluso temía que adivinara mis pensamientos cuando sus ojos brutales me amenazaban con un odio profundo que nunca entendí de dónde venía. ¿Qué crimen había cometido yo en su contra? Llegué a pensar que sin ese juego malvado él habría muerto irremediablemente. Mi angustia lo alimentaba, lo hacía más grande y monstruoso. Sin embargo, me sentía incapaz de alejarlo de mí y de mis hijos.

Muchas veces me sentí morir mientras se aferraba enroscado a mi cuello y su mirada cruel se deleitaba con mi sufrimiento. No le conté a nadie, por miedo, supongo. Además, ¿quién habría creído que era acechada por un enorme reptil? ¿Yo? ¿La mujer sensata de la vida perfecta acosada por un ser de tal naturaleza? ¿Con qué fin? Por lo demás, no tenía confianza o amistad suficiente con nadie para revelar lo que me ahogaba mientras fingía una débil sonrisa.

No podía seguir así, lo sabía, pero me sentía paralizada en un lugar tan oscuro del que no era capaz de ver la salida. Pensé que tal vez me ayudarían algunas pastillas para dormir u otras para sentirme mejor. Había escuchado hablar de esos medicamentos en la tienda. Fue una clienta elegante y jovial que le platicaba a su amiga mientras yo las atendía. Yo simulé no encontrar lo que buscaba para escuchar lo más posible de aquella conversación. Lo pensé muchas veces antes de tomarlas y al final me convencieron su mirada y el recuerdo breve de aquella mujer desconocida. Ella parecía libre, en paz. Yo quería algo de ella y, sobre todo, quería librarme de él.

Por un tiempo todo fue mejor, al menos así quería creerlo. Se formaba una coraza en torno a mí que me hacía sentir ajena al miedo e incluso más fuerte que éste. En el fondo sólo disfrazaba la realidad y cada día me dedicaba horas a negar lo que me brotaba por dentro. Buscaba el maquillaje perfecto para esconder las ojeras y la violencia detrás de ellas, cada arruga y cada imperfección debían desaparecer desde la primera hora del día; no habría tolerado que nadie me viera con el rostro desnudo porque algo se marchitaba dentro de mí sin remedio. La belleza, cada vez más costosa para mí, era un arma que me negaba a perder.

Los domingos asistíamos a la misa de diez. Me esmeraba en el atuendo de todos: la ropa extremadamente limpia y bien planchada, los zapatos relucientes, el pelo recogido. De diez a once me complacía en presentarme ante todos con mi familia impecable y perfecta. Nadie, ni nosotros mismos, habría sospechado el pozo negro y sin fondo que había detrás de las apariencias. Después de la ceremonia saludábamos a los conocidos con la mayor cortesía y una gran sonrisa. Luego todo se esfumaba, volvíamos a la casa para sumergirnos en un mutismo terrible del que sólo me salvaban mis hijos y las labores pendientes: lavar, planchar, preparar comida, bañar a los chicos, tomar la pastilla de las tres y la de las siete.

Una mañana no pude levantarme de la cama, el reptil me tenía atada con su propio cuerpo. El aire me faltaba y en mi piel se hundían sus dientes afilados una y otra vez. Había hilos rojos fluyendo a borbotones a pesar de la coraza que yo había intentado crear en torno a mí. No recuerdo más; sin embargo, tengo una impresión: cuando ya era un maniquí y estaba en el aparador principal él pasaba horas enteras frente a mí. Quizá algún día se acercó para tocarme y olerme. No dudo que haya intentado clavar sus dientes en mi duro cuerpo de maniquí a pesar de la mirada estupefacta de las trabajadoras y clientes.



La caja llena con piernas y brazos fue lo primero que vi cuando me trajeron al sótano. Sentí una inmensa angustia, ¿qué sería de mí? La desnudez blanca y mortífera apenas vislumbrada en la reciente penumbra me producía pánico. Pero había algo más allá del espanto, era una impresión de pudor insólito causado no por la desnudez física, sino por la tragedia que todos representábamos aquí abajo. Yacíamos en falso ante la desdicha del tiempo. Éramos y seguimos siendo el desamparo desnudo con malogrados aires de poderío.

Lo peor de todo es que ante la tragedia los miro a todos en silencio con una sonrisa falsa que jamás podré quitarme de encima. Es la misma sonrisa que alguna vez tuve en el aparador principal. La misma sonrisa de cuando me creía importante y pensaba que todos me miraban a mí. No era cierto, mas yo sonreía al mundo, acelerado en su propio trance allá afuera. Sonreía cuando me destrozaban el cuerpo para ponerme un nuevo vestido, sonreía con las pelucas empolvadas y malolientes. Sonreía en un acto de eterna inconsciencia.

Yo fui una mujer de carne y hueso, como dicen, eso me queda claro. Lo que no logro entender es cómo terminé así, convertida en un maniquí. A veces me resigno a la idea de que sólo es una ilusión mía, pero luego llega de nuevo el silencio e involuntariamente comienzo a recordar, o a soñar, no lo sé.

Moho

—En la habitación se está a salvo —dijo ella mientras miraba a la calle a través de un doblez en la persiana—. Aquí nadie nos mira. ¿Sabes lo que quiero decir, verdad?

Él afirmó nervioso con la cabeza, aunque el gesto era más bien el movimiento desarticulado de un títere. Como títere permaneció con los ojos puestos sobre el moho de la pared que migraba hasta la alfombra. Luego comenzó a negar despacio y sin detenerse con la cabeza floja. Ella se cansó de esperar la respuesta y de su boca salió un grito agudo que a él le recordaba a las ratas atrapadas de su antigua casa. Aquellas ratas chillaban mientras ella les dejaba caer agua hirviendo. No quería verlas ni escucharlas y corría a esconderse bajo las sábanas. Se tapaba las orejas hasta que le dolía la cabeza. Pero las ratas chillaban, no dejaban de hacerlo, aunque llegaran la noche o el día. Las llevaba atrapadas en la cabeza.

—¿Sabes lo que quiero decir? —gritó ella desde la ventana.

—Sí... —contestó el títere con un rumor confuso, como si despertara de un sueño lejano para internarse en una nueva pesadilla.

—A ver, dime, ¿qué carajos quiero decir? ¿Te lo tengo que repetir? La puerta cerrada, las persianas abajo. Cuando yo no esté, la luz apagada. No contestas el teléfono. ¡Tú no existes!

La cabeza desarticulada del títere no dejó de moverse de un lado a otro: no, no, no...

—¡Mírame! —gritó con aires de domadora de circo—. ¡Que me mires!

—No, no qui-ero —contestó el títere sin despegar la mirada del moho.

—Ya me cansé de que te hagas el tonto, pero ya te lo he dicho: si no haces tu parte te abandono en la avenida para que los camiones te pasen por encima como le pasó a la puta de tu madre.

—¡No, no qui-ero! —dijo él lloriqueando mientras le mostraba una mirada extraviada.

Le asustaba la avenida porque los grandes vehículos al pasar hacían temblar los ventanales de la casa donde antes vivía con su mamá. Desde su ventana había visto a muchos perros morir; los coches y los camiones no se detenían ante la mirada de terror y dejaban un montón de tripas empujadas en el piso que poco a poco desaparecían entre otros neumáticos. Los vehículos no miraban. Había aprendido eso. Avanzaban sin mirar.

A veces se soñaba en medio de la avenida y despertaba dando alaridos. Gritaba porque él no era rápido, su cuerpo no entendía el miedo que revoloteaba en su cabeza. Nunca había visto morir a una persona atropellada, pero ella le contó que a su mami la había desbaratado un camión. Sin querer lo vio todo, lo vio en su mente y lo dejó ahí repitiéndose una y otra vez: la madre cargada de besos, de abrazos, de pronto los ojos desorbitados, luego cerrados, muy cerrados, el golpe, el cuerpo rodando contra el pavimento, el cuerpo atropellado, los ojos muertos. Trozos de su mami: vísceras, corazón, cerebro, pelo, huesos rotos, pedacitos de uñas, de piel. Y la sangre. La sangre espesa, casi negra, sobre el asfalto. Lloró muchos días, hasta que ella lo amenazó con abandonarlo en la avenida.

En el nuevo silencio de la casa ella empezó a atrapar ratas para matarlas con el agua que calentaba en la estufa. Las ratas se le metieron a él en la cabeza para estar a salvo, a salvo de

ella. Las tenía ahí, atrapadas. Chillaban, se quejaban, tenían hambre y ganas de salir, por eso se daba de topes cuando ella no estaba. Temía el día en que ella lo descubriera. Quizá le dejaría caer el agua hirviendo sobre la cabeza para que las ratas salieran o murieran ahí dentro. De sólo pensarlo se orinaba de miedo. Él no quería morir como los perros o las ratas.

Ella encendió un cigarro y siguió mirando hacia la calle. El humo invadió el poco aire ahí dentro. Él extrañaba su casa, donde había aire y luz. Extrañaba el sol sobre su cuerpo, el calor acariciándole la piel apenas dejaba la cama y se instalaba en la ventana para ver el bullicio de la calle desde el segundo piso. No entendía por qué tuvieron que irse. Era linda esa casa con aire y con luz, con fotografías en las paredes. Sin embargo, ella dijo que no podían quedarse más y salieron en la oscuridad, cuando todavía no había nadie en la avenida.

En la habitación se estaba a salvo, decía ella todo el tiempo, pero él ni siquiera tenía derecho a espiar un poco por la ventana. Sólo estaban el moho y las maletas abiertas que dejaban salir su contenido como un animal destrozado por los camiones que pasaban sin mirar. Tenían las vísceras de fuera: ropa sucia, frascos con pastillas, latas de cerveza, jeringas, muchas jeringas. A él no le gustaban las jeringas. A ella sí.

—Voy a darme un baño. Ya sabes, tú no existes.

—No, no qui-ero.

—Te callas —dijo ella dando un portazo.

La cabeza colgante siguió oscilando, con un hilo de baba pendiendo cada vez más cerca del piso. Él se quedó pensando en las ratas que llevaba por dentro, en los perros de la avenida. Tal vez era mejor ser rata o perro. Le estuvo dando vueltas en la cabeza a ese pensamiento con las manos inquietas y la frente llena de sudor. Cuando ella salió del baño él apretó los puños.

—Tengo ratas en la cabeza —dijo rápido y en voz baja. La baba ya tocaba el piso.

—No digas pendejadas —le contestó ella mientras dejaba caer la toalla que la envolvía. Desnuda se metió en la cama—. Ya, ya estoy lista.

—No, no qui-ero. Tengo ratas en la cabeza. Tengoratasenlacabeza. ¡Tengoratasenlacabeza!

—¡Ya te dije: si no lo haces te dejo solo en la avenida! Sólo sirves para estorbar.

—Pe-ro yo no, ya no, no qui-ero, tía.

Ella se sentó enfurecida sobre la cama.

—¡Ya te dije que no soy tu tía!

La cabeza del títere asintió, aunque su mami le había dicho que ella era su tía. Con pesadez levantó el cuerpo largo, flaco y encorvado. Cuando estuvo desnudo orinó sobre el moho de la alfombra con una sonrisa tonta. Ella aspiró con placer el olor de la humedad mezclada con la orina. Él, acorde con la rutina, descubrió el cuerpo grueso debajo de las sábanas y comenzó a morderle los pies.

Blanda materia

Primero fue un picor debajo de las costillas, del lado derecho. Intenté aguantar las ganas de rascarme porque hacía el trayecto de regreso a casa y la ruta iba llena, como siempre. En medio del nudo humano yo practicaba un equilibrio casi absurdo sostenida del tubo metálico. Mi brazo subía hasta perderse en esa fría horizontalidad. Por encima de mi cabeza un racimo de manos parecía crecer ahí mismo, manos de diversos colores y tamaños. Manos, manos, manos, todas aferradas a la suciedad del tubo, como si eso fuera todo en la vida: aferrarse con los ojos ciegos a cualquier cosa.

El escozor se intensificó. Era urgente encontrar alivio. Con la mano libre comencé a rascarme bajo la blusa. Me rasqué sin piedad, me dejé llevar por ese placer con los ojos cerrados sin importarme la posible mirada inquisidora de cualquiera. No sucumbí ni siquiera cuando algo se movió entre mis dedos. Imaginé un pedazo de piel desprendida entre mis uñas, pero el movimiento tenía vida propia. Saqué la mano de prisa. Entre mis dedos se retorció un gusano blanco, de esos extraños pobladores de la carne podrida. Una mezcla de terror y repulsión erizó mi piel. Reprimí un grito y sacudí el gusano. Esa pequeña aberración se perdió entre el tumulto de piernas y zapatos. Nadie se dio cuenta. Nadie miraba a nadie. Todos los rostros llevaban esa nota de cansancio y fastidio que se extiende por el cuerpo como un musgo gris a lo largo del día. Temblando observé las miradas perdidas, sin aliento, sin ganas de nada, sin valor para cuestionarse si aquello era la vida.

A pesar de mis esfuerzos por pensar en otra cosa, en mi mente la imagen del gusano comenzó a enroscarse como una serpiente albina decidida a no desaparecer. Con la natural indolencia de su mirada fija me recordaba la sensación repulsiva del cuerpo blando y blanco entre mis dedos. Blando, blanco, diminuto. ¿Cómo había ido a parar ahí?, me preguntaba, sin obedecer a la más mínima lógica. La repugnancia no dejaba de llegar en ondas de calor y escalofríos. También mi estómago se había alterado, una náusea iba creciendo dentro de mí. Miré a todas partes, me pareció que los rostros iban tomando un color amoratado, que las miradas eran vacías, como de muertos.

El sudor ardiente comenzaba a deslizarse por mi frente y mi espalda. Además, un temblor incontenible se apoderó de mis manos. Tenía la respiración entrecortada, no podía jalar aire suficiente (¿el grito reprimido tenía urgencia de salir? ¿El grito enterrado en mi estómago se agrandaba sin importar el tamaño de mi cuerpo?). “Es un ataque de pánico”, pensé como quien logra sostenerse de cualquier cosa ante el precipicio. Un ataque de pánico. Lo había leído en una revista. Sólo tenía que regresar mi respiración a la normalidad y todo estaría mejor. Eso decía el artículo. Así debía ser.

Inhala, exhala... (El gusano en las costillas). Inhala, exhala... (Mordiéndola la piel). Inhala, exhala... (Retorciéndose entre las uñas). Inhala. Exhala. (Pensamiento: la ruta en la que iba era como ese camión refrigerado que guardaba cientos de cuerpos a falta de espacio en la morgue. El camión, esa nevera siniestra, no encontraba su lugar. Por mucho tiempo deambuló por los barrios de las periferias y en todos los lugares fue repudiado porque los muertos son pura podredumbre y el recordatorio de nuestro destino. Así nosotros; ese nudo de carne humana era conducido hacia cualquier parte

por violentos jalones de los que nadie se quejaba porque la costumbre es también una forma de morir). Inhalo paz. Exhalo temor. (Eso recomendaba la revista). Afuera. Adentro. (Hablarle en segunda persona, como si con eso tomara distancia del terror multiplicándose entre mi carne). Inhalo paz. Exhalo temor. Un bosque verde. El aire fresco, fresco y verde. Adentro. Afuera.

El mismo escozor apareció ahora en la ingle izquierda. Quise pensar que se trataba del sudor que bajaba a chorros por mi cuerpo. “Gusanos de sudor”, intenté pensar. Sin embargo, no pude sostener esa teoría por mucho tiempo. Me toqué discretamente y descubrí debajo de la mezclilla un pequeño bulto retorciéndose bajo la presión de mis dedos.

Con la boca seca miré hacia todos lados. Todos seguían sumergidos en un hoyo negro. Pensé en bajar del camión de inmediato. Aunque, por otra parte, estaba a diez minutos de mi parada. Diez minutos, sin embargo, era demasiado con un gusano debajo de la ropa. Apreté las mandíbulas, las manos, cada músculo. La poca tranquilidad que había logrado se desvanecía con el acelerado ritmo del corazón. Tan, tan, tan, tan... Traté de moverme hacia atrás para llegar hasta la puerta, tan, tan, tan, tan, mas el nudo humano era más denso de lo que había sospechado. Mientras tanto el gusano reptaba entre mi vello púbico. Sentí otro deslizándose en mi muslo. Otro más en el cuello. Ese último lo sacudí de un manotazo y fue a caer sobre el pelo esponjado de una mujer a mi lado. No pude escuchar nada más: el ruido de mi corazón se había transformado en un rugido insondable y permanente.

Debía bajar, a como diera lugar deseaba estar en el fresco de la calle, sacudirme, quitarme la ropa. Pero era difícil avanzar, deshacer ese nudo. Al principio sólo murmuraba un “con permiso” nervioso y menguado, para mí imposible de

oír. Luego, ante el mutismo de todos comencé a gritar que tenía que bajar, que por favor me dejaran bajar. Eso intentaba vociferar, aunque tal vez mi boca dijera otra cosa igual de incomprensible a lo que me pasaba.

Los gusanos comenzaron a multiplicarse en mi cuerpo. Salían de todas partes, yo los sacudía y caían al piso metálico. Para entonces los pasajeros habían dejado su mutismo y me veían con rostros de asombro y asco. Había un hueco en torno a mí. El nudo se había cerrado aún más y me habían dejado sola en el centro, en un hueco pequeñísimo: lugar aislado e inhumano. Yo era la muerta, la rara, la podredumbre. Pero eso ya no importaba, sólo quería los gusanos fuera de mí. Me sacudía sin parar. Era imposible, se multiplicaban y los que estaban en el piso regresaban a mí, como si yo fuera su madre, su refugio, su alimento... Entonces tuve la terrible certeza: me devorarían lentamente hasta convertirme en su blanda materia sin que nadie hiciera nada.

Puso

Mauricio lo trajo a casa una tarde de lluvia. Entró medio mojado con una caja de zapatos que trataba con sumo cuidado, era incluso un poco chusco verlo caminar con ella.

—Te va a gustar —me dijo con una sonrisa sospechosa.

Salté de inmediato del sillón donde estaba leyendo. Antes de que pudiera abrirla, tomó la caja entre sus manos como si se tratara de un tesoro. Ese gesto me intrigó aún más.

—Cierra los ojos y extiende las manos —dijo en tono juguetón.

Lo hice sin pensarlo. Escuché su respiración y un pequeño golpeteo. Imaginé una de esas películas difíciles de conseguir o la edición rara de un libro. Incluso me imaginé unos aretes, un collar o un juguete sexual con el que nos divertiríamos. Ésa era la idea que más me gustaba. En cualquier caso, todo resultaba un poco raro dentro de la caja de zapatos, pero ya estaba acostumbrada a las excentricidades de Mauricio, o al menos eso creía.

De pronto, entre mis manos algo viscoso se movió. Cuando abrí mis ojos vi unos ojos saltones, un cuerpo extraño, pegajoso, repulsivo. No pude evitarlo, grité y lo aventé de inmediato. Me subí a una silla sin dejar de gritar, mientras él vociferaba que qué me pasaba. El bicho, o lo que fuera, rebotó por la sala y comenzó a correr a una velocidad sorprendente y desapareció. Mauricio se puso como loco a buscarlo debajo de los muebles. Me miraba con odio, como si acabara de matar a alguien. Yo no podía dejar de percibir la sensación viscosa

entre mis manos y ahora en todo mi cuerpo.

—¿Qué es eso? —le pregunté desde lo alto de la silla.

—Un puso... ¿Cómo se te ocurre hacerle eso? —gritaba desde la cocina donde lo buscaba a gatas.

—¿Un qué...?

—No lo puedo creer, Lorena. Es un animal indefenso. Pensé que te encantaría. Los pusos son muy buenas mascotas. Además se comen a las cucarachas.

—¿A las cucarachas? ¿Estás inventando todo eso? ¿Quién te dijo semejante tontería? ¿De dónde lo sacaste, Mauricio?

—Pensé que era lo único que nos hacía falta. No lo puedo creer...

—¿Y no podías haber traído un gato, un perro, hasta un maldito pez? ¿Pero qué es eso? ¿Cómo crees que voy a vivir con esa cosa, Mauricio?

—¡Qué infantil eres, Lorena! ¿Cómo te atreves a tirarlo así? Es un animal muy delicado.

—¿Delicado...? ¿Y come cucarachas?

Mauricio se pasó el resto de la tarde buscando al animal. Yo me fui a la cama sin cenar. Tenía miedo de encontrarlo detrás de la caja del cereal o por cualquier rincón. Además, Mauricio no podía ni verme. Cerré la puerta de la recámara y debajo puse toda suerte de barrera por si acaso el bicho era capaz de meterse por ahí. Fue una noche larga. Mauricio no dejaba de mover los muebles, las cazuelas, todo. Antes de la madrugada supuse que había dejado de buscar porque por fin había silencio. Luego vino un llanto terrible, desesperante, como de recién nacido.

Nunca soporté el llanto de los bebés, la impotencia y la desesperación me corroen apenas escucho uno. Pero no dije nada, me quedé aferrada a la oscuridad de las cobijas mientras Mauricio se levantaba con unas voces paternas que franca-

mente me parecían tontas. El llanto provenía del bicho y él trataba de confortarlo. Yo también tenía ganas de llorar. Mauricio debía estar volviéndose loco. Lo cierto es que no estaba dispuesta a vivir bajo el mismo techo que el animal.

Por la mañana la alarma de mi despertador me sacó de una pesadilla donde preparaba una cena especial para Mauricio. Cuando levantaba la tapadera de la cazuela el puso estaba ahí, con su terrible llanto de bebé. Me levanté cansada, con la boca pastosa y sobre todo con miedo de encontrarlo en cualquier parte.

Jalé el picaporte. La puerta no cedió. Jalé de nuevo con mayor desespero. La puerta era un pedazo de madera sólida pegada a la pared, como si nunca hubiera cumplido su función de abrir y cerrar. Miré hacia atrás, casi interrogando a la cama: ¿era otra pesadilla? Sin embargo, la cama estaba vacía, con las cobijas revueltas. Toqué la puerta mientras llamaba a Mauricio. Afuera el silencio era macabro. Busqué mi teléfono para pedir ayuda; después de escrutar cada rincón tuve que aceptar que el aparato no estaba. El vértigo sacó el aire de mi cuerpo. No podía pensar y lo único que llegaba a mi cabeza eran hipótesis brutales sobre la locura que de pronto manifestaba Mauricio.

El resto de la mañana la pasé gritando a través de la ventana que daba al patio, con la esperanza de que algún vecino me escuchara, pero no hubo señales del mundo y pronto mi voz se negó a salir de mi garganta. Fue hasta la tarde que el ruido de la puerta de la calle me despertó. En vano traté de increpar a Mauricio. Mi voz era un hilo transparente, una voluta de polvo.

Afuera la lluvia volvía a embestir a la tierra. Quise pensar que pronto terminaría esa pesadilla, que saldría a la calle, que nunca volvería. De pronto el ruido de una máquina me ensordeció. Una sierra eléctrica comenzó a cortar la puerta: no era para sacarme. Un pequeño hueco surgió en la parte baja

de la madera, una puerta diminuta por la que apenas cabía mi mano. Cuando la sierra desapareció asomé un ojo por el hueco. Mauricio, sucio y con el rostro desencajado, arrastraba una caja grande de cartón hacia la recámara.

Corrí hasta la cama como si fuera mi salvación, aunque no lo era. En la pequeña puerta se hallaba el puso con su mirada repugnante. Entró mostrando unos dientes afilados que antes no tuve tiempo de notar. Avanzó olfateando el piso. Con el corazón acelerado tomé la lámpara de lectura que estaba al lado de mi cama como un arma, pero luego otro puso y otro, muchos más, fueron entrando con una calma bestial. Todos se dirigían hacia mí. El aire me abandonaba. Sólo alcancé a escuchar a Mauricio decir que los pusos también se alimentan del miedo.

Al margen

Pienso en el tiempo, doy vueltas alrededor de él. Sólo eso puedo hacer, pero la anciana al otro lado de la mesa ha notado que estoy al margen de la conversación. Me mira como si fuera una mosca a punto de pararme sobre la comida. Quiere impedirlo y pide mi punto de vista sobre el tema que se ha debatido durante siglos. Por su mirada sé que intenta saber si en verdad soy una mosca disfrazada de persona o sólo una persona con aires de insecto. Las miradas se ciernen sobre mí, todos esperan escuchar el eco de sus propias voces dentro de mi boca para que mi presencia deje de ser una anomalía. No. De mí salen palabras rotas. Entonces nadie sabe qué hacer con esas palabras destrozadas. Se escurren entre mis labios como una baba malsana y resuenan con un eco impredecible. Ahora les resulta más difícil definir lo que soy. “¿Qué hace aquí?”, piensan; sin embargo, las buenas costumbres les impiden poner la cara de disgusto que disfraza su sonrisa amarga. Optan por seguir la conversación como si yo no hubiese dicho nada, eso intentan. Sé que ya nadie volverá a dirigirse a mí y que podré volver a pensar en el tiempo, daré vueltas alrededor de él hasta que logre destrozarse con los dientes la soga invisible que me ata a este lugar.

Vestigio roto

El sol se derrama con mayor intensidad antes de ocultarse, aquilata las superficies donde se posa como un pájaro dorado y sigiloso, enciende un instante aquello que de nuevo quedará oculto. Esa luz alarga mi sombra sobre la calle. Miro la impresión oscura de mí sobre el pavimento, mi yo-negativo tiembla y el cabello le convulsiona como un ave de mal agüero; aunque no me reconozco soy una llama oscilante que el viento promete devorar. Pero todo sucede porque el sol me muerde la espalda. ¿No sabe que no quiero que nadie me vea? ¿No sabe que el miedo me lleva de prisa y con la vista fija en el suelo?

Camino sin aire, sin fuerza, movida tan sólo por el terror de imaginar que puedas venir detrás de mí. En mi huida esquivo a todos y a pesar de eso han intentado detenerme por algo que no comprendo. No puedo hacerlo. Mis ojos están todavía llenos de lágrimas y golpes. Además, mi mente no funciona ahora: corre a estamparse de un lugar a otro como las gallinas después de que les han cortado la cabeza y despavoridas riegan chorros de sangre, como si no supieran. Como si no supieran. Yo tampoco sé, no puedo darme cuenta de todo lo que ha pasado, mas poco a poco reconstruyo la escena. Mientras camino te veo de nuevo tirado en el piso. Te confundes con mi sombra, con mi yo-negativo. Quiero insultarte de nuevo, herirte más. Las palabras brotan de mí sin poder evitarlo como un vómito negro que se estampa en el piso.

Debía irme, abandonarte antes de que la locura me invadiera a mí también. Te lo dije hoy, aunque no quisiste escuchar. Algo comenzó a matarme desde el día en que llegué a tu casa. Un grito contenido se había estancado en mi estómago como una semilla negra que sin proponérselo había crecido. Lo perforó todo dentro de mí esa mala hierba. Cada día sus ramas rasgaron mi pecho. Ya no era posible quedarme quieta, callada, como si nada. Ya no podía contener las lágrimas ni los gritos que comenzaron a escapar de mi boca involuntariamente. Pero, a pesar del miedo que tanto habías infundido en mí, no quería terminar podrida como tú, podrida contigo. Por eso te lo dije.

Estabas en la cocina y preparabas esa nauseabunda bebida que pretendía curar todos tus males. Apenas hablé tus ojos de reptil se incendiaron. Me estrellaste contra la pared mientras gritabas que primero me matarías antes de que te abandonara. Me recordaste la soledad en la que habías vivido antes de encontrarte conmigo. Y volviste con tu historia: te obligaron a trabajar en las noches frías para poder comer aunque fuera las sobras de los demás. Volviste a decir que nadie te había querido nunca. Me recordaste lo puta que soy. Y como otras veces me volviste a decir que eso ya no te importaba, que si a veces explotabas conmigo era porque habías sufrido mucho en tu vida, porque estabas enfermo. Era la última vez, ya no iba a pasar. Siempre era la última vez, y estaba cansada. Te lo dije hoy.

Me miraste con tus ojos de bruto asustado, sacaste la máscara con la que te conocí y me dijiste con la voz baja que te morirías muy pronto, que mejor me esperara un poco y que ya nadie podría sacarme de aquella casa, pero que no me atreviera a meter a nadie más ahí cuando estuvieras muerto. Entonces se te quitaron las ganas de morirme y la cólera se

te volvió a subir a la cabeza. Golpeaste la mesa y los trastos cayeron con escándalo. No sabías dónde meter la impotencia y el miedo hasta que tus ojos tropezaron con el inventario de tus enfermedades, esa lista que conservas pegada con imanes en la puerta del refrigerador. La viste como atinando cuál de tus males brotaría después de aquel coraje que te estaba haciendo pasar.

Esa ridícula lista había crecido en los últimos meses. Llegabas agotado, con una cara boba que limosneaba lástima. Con todo detalle anotabas la nueva enfermedad que te acechaba, describías todos los síntomas y luego te ibas a la cama durante días. En el momento menos esperado saltabas y me reprochabas mi falta de cuidado. “De seguro estás muy contenta porque pronto me voy a morir”, chillabas, y el drama comenzaba de nuevo. ¡Qué poco agradecida era! Me decías que ya era vieja y fea y que nadie más me haría el favor de vivir conmigo como tú. Tú sí que me querías como un endemoniado, decías. Pero ya no quería ser una cicatriz de cuerpo completo. Me había cansado desde el primer día, y sin saber cómo ni por qué había resistido ante esa vieja máscara que ya sólo colgaba de la pared.

Me volviste a estrellar contra el muro mientras apesabas mis muñecas con toda tu fuerza. Tu aliento fétido también me arrinconó. Sin embargo, estaba decidida y te mordí el cuello y te sacudí la piel. Sentí la sangre entrar en mi boca. Sentí el asco de tenerte dentro de mí. Chillaste como un animal. Estabas incrédulo, ya no tenía miedo de ti y no sabías dónde meter esa mirada inútil. Entonces descubriste el cuchillo. Pensé lo peor, pensé que me matarías antes de dejarme ir. En cambio, dijiste que te matarías si te dejaba. Estallé en una carcajada y te grité que no tenías el valor, que eras un cobarde y que a nadie le importaría. Hasta para eso eras un impotente. Te dije que si hasta entonces te había soportado era por pura

lástima y por un miedo odioso que ya no podía sobrellevar. Tiraste el cuchillo y te echaste a llorar al piso como los cerdos cuando los decapita alguien que no sabe matar. No supe más, no quise hacerlo. Tomé mi bolsa y me fui.



Camino sin rumbo, con el asco de tu sangre en mi boca. Temo que vengas detrás de mí. En algunos momentos no sé de dónde me viene la fuerza y corro entre la gente, con la vista fija en el piso porque no quiero encontrarte en cualquier mirada. Pero ahora, con un poco más de calma, pienso en esa mujer que intentaba llamar mi atención y me señalaba algo. ¿Qué era lo que decía? No supe contestar a nada. Estaba tan aturdida y tenía tanto miedo que no quise y no pude prestar atención. Dijo algo sobre mi bolsa. Sí, hay algo ahí dentro, está mojada y cada vez pesa más. Del interior escurre un líquido rojo y espeso. No quiero saber qué es. Me estremece la línea roja que he dejado detrás de mí. Es mi rastro. Será mejor poner la bolsa en esa esquina donde se amontona tanta basura. Ahí estarás mejor. Ahí te dejo mientras el sol jala tras de sí los últimos hilos de luz.

Resquicios

Leonardo se masturbaba en un cuartito hecho de tablones donde la abuela depositaba todo lo que no tenía cabida en la casa. Eso yo lo había descubierto tiempo atrás y me lo guardaba como un secreto que me hacía cosquillas entre las piernas. Me gustaba espiarlo, ver cómo tomaba su pene con la mano hasta conseguir agrandarlo como si fuera un pedazo grueso de plastilina. Disfrutaba el morbo de mi ojo protegido por un resquicio de las tablas hasta que el semen bañaba su mano con un quejido que apenas dejaba escapar.



Mi madre puso frente a mí un huevo estrellado con un pedazo de pan. No tuve el valor de ver su rostro, pero sus manos temblaban. En mi pecho algo hervía con fuerza. Tenía ganas de llorar, aunque sabía que no debía hacerlo y sólo me quedé muda frente al plato, con el mismo temblor de mi madre entre los músculos y la carne. Tomé un pedazo de pan y lo sumergí dentro de la yema. Un hilo de amarillo intenso se desbordó. Había algo triste y repulsivo en esa imagen.

Respiré profundo. Miré el sol detrás de la cortina: el día prometía ser largo y letárgico, como todos los domingos. No tenía hambre y presentí que si metía un pedazo de pan en mi boca me sofocaría por el nudo que tenía en la garganta y no me quedaría más remedio que llorar. Entonces tendría que explicarle a mi madre que los había escuchado pelear en la

noche. Tendría que decirle también que no era la primera vez, aunque antes no me había asustado tanto porque Gustavo nunca la había golpeado, no que yo supiera. Lo que más detesté fue que no tuve el valor de hacer nada. Sólo me quedé mirando por un resquicio de la puerta de mi cuarto mientras ella se quedó con un llanto ahogado sobre la frialdad del piso. No podía confesarle lo que vi, no quería que encima de todo se preocupara por mí.

Cuando regresó de la cocina con el jugo de naranja, el teléfono sonó. Dejó el vaso frente a mí y de inmediato contestó. Después de un intercambio de palabras sofocadas que apenas pronunció, se rompió en un llanto desesperado. Se quedó con el aparato contra el vientre en un trance que aún ahora no sé cómo tratar.



Mi madre insistió en que me pusiera el vestido gris que me llegaba debajo de la rodilla. Lo odiaba, como odiaba ir en el vehículo de Gustavo, en la parte trasera, fingiendo los tres que lo que pasaba era la muerte de Elisa y no esa vida miserable que ellos trataban de ocultar. Odié la yema del huevo desbordada, el jugo de naranja recién exprimido, odié ese día tan vanamente soleado y odié a Elisa por liberarse de la vida.



En la funeraria Gustavo y mi madre simulaban que no pasaba nada entre ellos y se perdieron entre la gente. Tener la posibilidad de alejarme de su conflicto fue un alivio, pero estar ahí, frente al pequeño ataúd blanco, me causó un escalofrío. La idea de la muerte me quitaba el aliento, y, sin embargo,

una parte de mí quería estar ahí dentro, abrazada al frágil cuerpo de Elisa, protegida por la muerte, porque de pronto pensé que a pesar de todo el terror que nos causa no hay lugar más apacible. Envidié que todos hablaran y lloraran por ella mientras yo estaba viva en medio de esa multitud que no reparaba en mi existencia, en mis ganas de llorar y de ser otra, porque en verdad siempre quise ser otra, alguien con un lugar en el mundo.



Deambulé entre los trajes de luto. Escuché las palabras de cada grupo como quien recorre una galería que exhibe diferentes trabajos con una sola temática: “Pobre niña, con cáncer”. “Es mejor así, ya no sufrirá”. “Parece que está dormida”. “Fue en la madrugada, los doctores no pudieron hacer nada”. “La madre está inconsolable”. “Acababa de cumplir ocho años”. “Él es Leonardo, el hermano, el muchachito que está allá. Sí, sí es, lo que pasa es que ha crecido mucho desde la última vez que lo vimos”.

Era cierto, Leonardo estaba hundido en un sillón. No quería que me viera, pero justo en ese momento levantó la mirada hacia mí como si el miedo que tenía de verlo lo hubiera llamado a gritos. Yo tenía en la boca una de las galletas que estaban junto a la máquina del café. Nos miramos un segundo pesado y lleno de angustia. No supe qué hacer. Él se levantó enfadado y se alejó de prisa. Me quedé paralizada con la sensación de tener una piedra dentro de la boca. Me sentí muy tonta, con unas ganas horribles de llorar. Sin embargo, no quise hacerlo, no ahí. Sabía perfectamente que si empezaba no podría detenerme y nada me parecía más odioso que llorar en medio de tanta gente.



Leonardo y yo éramos almas perdidas. Pasábamos días en la casa de la abuela porque mis tíos, los padres de Leonardo, estaban absorbidos por la enfermedad de Elisa antes de su muerte, y mi madre me llevaba con la abuela para tener más tiempo a solas con Gustavo. Aunque ella nunca admitió que ésa fuera la razón, yo sabía que para Gustavo siempre fui una piedra en el zapato de la que se deshacía tanto como le era posible.

La casa de la abuela era una zona neutral para nosotros. Ahí nuestros problemas se veían más lejanos y era el único lugar donde la vida parecía no hacernos tanto daño. Leonardo tenía trece y yo once. Habíamos desarrollado una amistad que al menos para mí parecía sólida. Nos enorgullecía tener una especie de código secreto para entender lo que nadie más podía. Nuestras carencias encontraban compañía en esa relación. Éramos el uno para el otro, una suerte de sostén cuando todo lo demás se venía abajo. Pero la última vez que estuvimos ahí algo se había roto y no sabía cómo enmendarlo. Eso me causaba ansiedad, me hacía un hoyo en el estómago y en el corazón. Lo peor de todo es que no podía decírselo a nadie.



Un día después del funeral de Elisa escuché a mi madre y Gustavo pelear muy temprano. Era una pelea llena de forcejeos y susurros desesperados. Me quedé en la cama con miedo de respirar y moverme. Un estruendo de vidrios contra la pared me hizo saltar. Sin esperarlo, el perfume favorito de mi madre inundó el ambiente hasta provocarme náuseas y un dolor de cabeza intenso. Escuché un portazo, luego un silencio plagado de incógnitas.

Había rastros de sangre por todo el piso. El terror sacudió mi pecho. Por mi cabeza pasaron muchas hipótesis, terribles todas. Al final de las huellas de sangre estaba mi madre tratando de lavar su mano herida. Lloraba. Me dijo que su perfume se había caído por accidente y que tratando de limpiar se había cortado. Me aseguró mil veces que estaba bien, pero la sangre no dejaba de brotar. Envolví su mano en una toalla, me puse un suéter debajo de la pijama y pedí un taxi para llevarla a urgencias.

Mientras el médico suturaba la herida de mi madre, ella repetía sin cesar la mentira que me había contado antes a mí. Sentí pena por ella y me juré que nunca dejaría que nadie me hiciera un daño semejante. Entonces recordé a Leonardo y ya no supe qué pensar. De nuevo quise llorar, aunque me contuve. “No es el momento”, me dije. Cuando regresamos limpié los vidrios y la sangre. Limpié toda la casa hasta que no pude más. Algo dentro de mí quería pensar que entre más limpiara estaríamos mejor mi madre y yo, aunque sabía que sólo era una fantasía porque el olor lo seguía penetrando todo a pesar de tanto restregar el piso y tener las ventanas abiertas.

En los días siguientes Gustavo no regresó y ella entró en un letargo que me aterraba. Estuvo en la cama sin querer comer. Yo me encargué de la casa lo mejor que pude e incluso falté a clases durante toda la semana. Tenía miedo de dejarla porque después de todo era mi madre, mi resguardo.



El viernes por la tarde mi padre habló por teléfono. Mi madre sólo me dijo que pasaría por mí a las siete treinta. Me desquiciaban esas reuniones. No había nada peor; sin embargo, no podía rehusarme. Mi madre y yo teníamos un acuerdo con

él: podía verme algunas veces, supongo que a cambio de mi pensión alimenticia.

De pronto mi madre salió del letargo en el que había estado sumergida y me obligó de nuevo a ponerme el maldito vestido gris. No quise contradecirla y me lo puse como quien se echa encima una cobija pesada y maloliente. Poco antes de las siete y media salió de su recámara vestida como para una fiesta y maquillada con esmero. No supe qué pensar, pero el nudo en la garganta apareció de nuevo, amenazaba con cortarme de tajo el cuello. Habló un rato con mi padre en voz baja en la entrada de la casa. Supuse que hablaban de la muerte de Elisa, porque entre la familia y los amigos no se hablaba de otra cosa. Al despedirme de mi madre sentí una mezcla de rencor y dolor. Nunca hasta entonces me había sentido tan sola.



Mi padre colocó un plato de lasaña frente a mí. “Tu comida favorita”, dijo con una sonrisa. Yo no supe qué decir. Traté de esbozar otra sonrisa de vuelta, aunque sólo pude sacar de mí una mueca extraña. Como siempre, aborrecía estar en esa mesa con una familia que presumía de ser ejemplar. Ahí yo sólo era la mancha que ensuciaba el cuadro. Era el resultado del desliz de un esposo y padre con una antigua secretaria, era la bastarda a quien sus dos hijas y su esposa aceptaban a regañadientes. Ellas me miraban con una mezcla de lástima y curiosidad, como un ser que tuvo la mala fortuna de nacer con una trompa de elefante en lugar de nariz.

Emma y Julia tenían diecisiete y quince años. Tenían una belleza sencilla, parecida a la su madre. Eran alegres y desenvueltas, mientras yo era tímida y torpe. Estaba en medio, con mi anticuado vestido gris y mis lentes demasiado gruesos,

con mi desesperado nudo en la garganta agrandándose cada segundo, como un hijo no deseado, como yo...

En cuanto mi padre se sentó me dijo que tenían una noticia que darme: me quedaría con ellos un tiempo; mi madre pensaba que me vendría bien un cambio de ambiente. Hubo un silencio aterrador en la mesa. No supe qué decir.

Un temblor sacudió mi pecho. Leonardo tenía razón. La última vez que estuvimos en casa de la abuela ella me envió al cuartucho a buscar un martillo. Yo sabía que Leonardo estaba ahí dentro, sabía lo que hacía; sin embargo, fui silenciosa y abrí la puerta de la forma más inoportuna. A propósito lo descubrí, en parte porque quería que él lo supiera, quería que me propusiera verlo y quizá algo más. Desde hacía tiempo necesitaba eso y no al primo con quien conversaba como si yo fuera uno de sus amigos. Quería que me quisiera, que me hiciera sentir lo mismo que él sentía. Pero no tuve la respuesta que yo esperaba. Todo lo que antes fue entre nosotros se había roto, sin pensarlo yo lo había estrellado todo contra el piso como Gustavo hizo con el perfume de mi madre. Leonardo enrojeció y me insultó. Antes de salir me dijo temblando que era una tonta, que sólo servía para estorbar, que por eso mi madre me dejaría y se iría a vivir a otra ciudad con Gustavo. Yo no le creí, supuse que estaba furioso y que había dicho eso sólo para herirme.



La lasaña se enfriaba frente a mí. Mi cuerpo se retrajo, si hubiera tenido un caparazón habría desaparecido dentro de él. Pero estaba ahí, en la mesa con la familia de mi padre y más que nunca me observaban como a un bicho raro a punto de hacer algo sobrenatural. Recordé a Elisa metida en su pequeño

ataúd de color blanco. “Por qué no me muero yo también”, pensé. En lugar de una muerte repentina vino a mi cabeza, como de golpe, la horrible imagen del huevo con la yema derramada. Sólo faltaba eso: una grieta minúscula, como en las que yo me escondía para ver sin ser vista, sólo eso, un resquicio finísimo para que todo saliera irremediablemente.

Respiré profundo, me dije que debía ser fuerte, más fuerte. Apreté los labios, los puños, el cuerpo entero. Me dije que ellas no debían verme llorar, ellas no, por favor, por favor... Pero en esos momentos más que un ser humano me sentí como un parásito que se aferra a la existencia a pesar del desprecio y la repulsión de los demás. Fue entonces cuando la grieta terminó de abrirse, y a pesar de todos mis esfuerzos comencé a llorar como una niña desesperada frente a la lasaña.

Lola

“Lola camina sola”, canta un borracho cuando la ve aparecer en la esquina. Las piernas descubiertas, llenas de moretones y de mugre, adoptan la postura del oficio. “Llegas tarde, niña”, le dice el borracho, tirado, desde el piso. Lola hace como si no escuchara. El pelo naranja, los ojos verdes. Ojos de Gata, le han dicho. Le gusta. Ojos de Gata acecha hambrienta de un lado a otro. Nada. Espera paciente a que llegue su presa. Sí, tiene hambre, pero más le gustaría olvidarse de todo. “Lola camina sola”, insiste el borracho. “Deja de fregar”, le grita la boca roja. Lola quiere silencio, mas el silencio de la ciudad está repleto de motores.

Por la derecha dobla un carro desvencijado. Se para. Lola sabe la señal. Camina con una contorsión que grita años de miseria. La flacura de su cuerpo se agacha para asomar su cara de niña sin infancia por la ventana del coche. En el volante un hombre gordo, cuarentón, avienta la pregunta de rigor: “¿Cuánto?”. Lola le pide un cigarro del paquete que está sobre el asiento vacío del copiloto. Ojos de Gata enciende-expulsa con la mirada de urgencia que excita a los que se le acercan. “¿Cuánto?”, la pregunta impaciente. Depende. “Depende de lo que quieras, mi amor. Tanto por esto, tanto por aquello, tanto más sin condón”. Los tacones viejos de Lola desaparecen dentro del coche.

Ojos de Gata dirige el camino hacia la número siete. Sabe de memoria los pasillos del hotel Jacinta. Casi se podría decir que creció ahí. Abre la puerta: olor a cloro, humedad, sexo

sucio, a multitud de sexos congregados. Se siente en casa. Ojos de Gata se quita el diminuto vestido. Deja al descubierto los senos incipientes. Se contorsiona. Abre la boca para meter el miembro flácido y maloliente. El gordo resopla como una bestia. “Ven para acá, mamacita”. El ritual de siempre. Ojos de Gata adopta la postura felina. Finge que le gusta. “Así, papi, así, así”. Dos segundos después se acaba el poderío del macho. Ella bosteza.

De la flacidez de sus pantalones él saca una cartera vieja. Le avienta un billete doblado. “Te falta”, le dice la boca roja. Silencio. “Te falta”, insiste. “Ni que fueras una puta fina”, le dice el gordo con una risa falsa. Ojos de Gata se lanza sobre el cerdo, pero un golpe la detiene. Cae. Sobre la mesa de noche se golpea de nuevo. El gordo se va de prisa. Por los pasillos retumba la respiración de marrano. Ojos de Gata escupe sangre. Un diente se cayó. ¡Un diente! Será una puta sin diente lo que resta de la vida. ¿Cuánto dura la vida?

Caramelo

Él no tiene nombre. Nunca pudimos darle uno. Un nombre define a una persona, le da un lugar en el mundo. Vive en el sótano. Me parece que ha vivido ahí desde que salió de mi cuerpo. Fue de una oscuridad a otra, no conoce la luz del sol. Su piel y sus ojos no podrían tolerarla. Tiene vendas por todas partes, incluso en el rostro debe llevar gasas que no disimulan su blancura extrema, dolorosa. Todavía temo su debilidad. Le temo con el estómago y los intestinos oprimidos. Le temo como si fuera una extensión maligna de mí que no puedo entender ni controlar. Aun debajo de la casa, en el sótano umbroso, sufre, gime, murmura cosas en un lenguaje espeluznante y sin sentido. Lo imagino ahí, solo, con su cuerpo malogrado, viviendo una existencia de hongo, de molusco con su caparazón hecho de vendajes y oscuridad.



Cuando logró sobrevivir el primer año supimos que debíamos abrir las entrañas de la casa para colocarlo ahí: él no estaba hecho para el mundo, para la luz. Él es distinto, siempre lo fue. El médico y las enfermeras se quedaron paralizados cuando nació. Nunca podré explicar lo monstruoso de ese sigilo, de esa falta de aliento y de felicitaciones. A ese silencio aterrador le siguió un llanto inhumano: era él, desde entonces ha sido él.

Nos dijeron que moriría pronto, en cualquier momento. El nombre que rondó nuestras mentes durante nueve meses

se convirtió en espuma amarga. No queríamos nombrarlo, no nos atrevíamos. No queríamos llenarnos el corazón con sus lágrimas blancuzcas, con su cuerpo enfermizo, sin esperanza, con su muerte prematura. Nos quedamos no sé cuánto tiempo mirándolo sin hacer nada, como si esa respiración atormentada fuera su agonía y su próxima salvación. No nos atrevimos ni siquiera a tocarlo, era demasiado frágil, y debo decir la verdad por tremenda que sea: no deseaba retenerlo.

El llanto no terminó. Los médicos no podían explicarse cómo había nacido vivo, cómo seguía todavía atado a la vida por un hilo extraño y terrible. Es difícil confesarlo: años después de su nacimiento la agonía no se ha consumado, pero no hemos podido darle un nombre.



Bajo a verlo varias veces al día. Me toma tiempo adaptarme a la oscuridad. Le pongo una venda sobre los ojos para poder encender una vela. A veces, debido a esa postura colgante en que descubro su cuerpo, pienso que ha muerto, entonces no sé qué sensación me invade: ¿alivio, tristeza?

Ahora mismo bajo con comida. Después no lo veré por tres días. Tres días. Mi estómago se contrae. Nunca se ha quedado solo por tanto tiempo. Mis manos temblorosas hacen lo que saben en la oscuridad hasta que enciendo la vela. Lo limpio. Cambió las vendas y la ropa. Cuando termino, mi cuerpo entero transpira. Llora. Tiemblo. Lo miro un rato. Nunca he sabido hablarle para que me entienda, para que busque mi voz con su rostro. Lo siento en mis piernas con su cuerpo de niño pequeño y frágil a pesar de su edad. De mi boca saco un caramelo rojo. Meto el caramelo húmedo dentro de su boca sin forma. Le gusta. Sé que no debe comer eso, sé que puede

ahogarse, pero se lo doy con la esperanza... Con la esperanza de que le guste o de que termine esa existencia dolorosa, insostenible. Mi corazón se acelera cuando empieza a toser y la piel debajo de las vendas se pone morada. No hago nada. Lo miro. Tiemblo. Me odio. Sin embargo, logra tragar el caramelo. No sé cómo, pero lo traga. Le gustó. Me alegro, creo que lo hago.

Con lágrimas interminables le pido que por favor coma. Aquí hay comida. Estaremos fuera tres días. Tomo sus dedos, los cuento. Uno. Dos. Tres. Vamos de vacaciones, le digo, la abuela vendrá a verlo con frecuencia, no debe asustarse. No sé si me entienda. Creo que sí. A veces no sé hasta dónde es capaz de comprender. Quiero decirle más, eso que nunca me he atrevido a decirle. Los niños, sus hermanos que le temen, me llaman, están ansiosos por subir al coche y llegar a la playa.

Lo miro. Es como un muñeco de trapo. Nunca conocerá el mar. Lo mataría el sol. Todos le temerían. Él sólo sabe cómo vivir aquí abajo, en esta oscuridad. Quisiera subir y decirles, como tantas veces he hecho en el pasado, que se vayan sin mí, que él me necesita. Pero yo les prometí... Parece tranquilo. Los niños me llaman cada vez más impacientes. Los imagino en la puerta, felices con sus gorras para el sol ya puestas. De nuevo la confusión, rabia, tristeza. No sé. Lo dejo sobre su cama. Lo beso. Tengo un caramelo más en el bolsillo del pantalón. Dudo mientras la envoltura cruje bajo mis dedos.



Él no tiene nombre, sólo tiene un caramelo en la mano.

Morosa muerte

Un rumor de moscas atravesaba los rezos apenas audibles de las mujeres. Un susurro de tierra seca azotaba el silencio y las láminas del techo. El viejo se quejaba, no se cansaba de hacerlo. Entre las comisuras de los labios una baba seca se acumulaba como la cera de las velas sobre el piso de tierra. De su vientre hinchado salían olores como de agua podrida. “¿Por qué no se muere de una buena vez?”, pensaba Braulio con el desasosiego hirviéndole en el pecho: hacía ya tres días que habían llegado hasta el pueblo para decirle que su padre se moría, que no llegaría al alba. Pero ahí estaba el viejo, agonizando lento, lentísimo, como para molestar a todos.

A Braulio le desquiciaba esa telaraña blanca flotándole a su padre encima de las pupilas llorosas. Desde que llegó quería largarse. Tenía asco de verlo, de olerlo. Tenía rabia por el pasado que le seguía zumbando en las orejas como si aún fuera presente. El viejo los abandonó cuando todavía eran niños, se fue con otra, con otras. De vez en cuando volvía borracho para propinar golpizas a todos por igual. ¿Por qué no se moría de una buena vez?, ¿qué tenía que hacer él ahí? No le debía nada al viejo, si había logrado lo que tenía era porque se había partido el alma trabajando en el norte. Sin embargo, el viejo quería morirse rodeado de sus hijos y nietos. Los había mandado llamar, los quería ahí cuando dejara este mundo. Y ahí estuvieron, ahí estuvo él a regañadientes en la oscuridad de la madrugada, entre velas y rezos, con el frío colándose entre los adobes.

El viejo se retorció y de su cuerpo salió una peste de orina y mierda. Nadie quería aproximarse a la cama esa primera noche, pero él los quería ahí y ellos se acercaban por lástima, como si todavía pudiera distinguir con sus ojos ciegos quién estaba frente a él, como si la cercanía de la muerte le diera un poder sobrenatural para ver quién lo acompañaba en sus últimos momentos. A ratos se quejaba con más fuerza y todos miraban atentos pensando que ése sería el final, entonces podrían respirar tranquilos y volver a sus vidas, olvidarse de todo. Era urgente quitarse ese olor de encima y la imagen casi inhumana del viejo resistiéndose a la muerte con un ímpetu que daba miedo y repulsión al mismo tiempo. En el brutal silencio que se abría a fuerza de permanecer ahí, casi clavados a la tierra, presentían que ese hedor echaría raíces dentro de ellos y florecería hasta invadirlo todo. Nadie lo dijo, mas lo sabían con una certeza despiadada que fingían no ver.

Braulio se movía de un lado a otro, él también se moría de rabia, de impotencia, de desespero. Lo peor era que desde el primer instante en que vio y olió al viejo una urgencia de la carne le llegaba en oleadas. Trataba de ocultar sus erecciones en la oscuridad, quería concentrarse en su enojo, en los años miserables de su infancia, aunque luego recordaba a Virginia y sólo deseaba salir corriendo hacia ella. No lo hacía porque tenía la esperanza de que en cualquier momento su padre moriría. Ya muerto, Alma, su mujer, no le cuestionaría que se perdiera uno o dos días.

Desconcertado miraba los rostros en la penumbra: ¿todos tenían la misma urgencia por derramarse para luego largarse? Miedo, eso fue lo único que encontró en las caras apenas iluminadas por las velas. El miedo saltaba esa primera noche de un lugar a otro. Temían al viejo, su proximidad a la muerte, sus gemidos atroces. Las lechuzas no dejaban de agitarse afuera.

Formaban un coro malsano. El padre buscaba desesperado, con las pupilas blancas, esas voces de pájaros nocturnos. Los ojos inquietos de todos dirigían la mirada hacia afuera, hacia la oscuridad, y luego la regresaban al horrible espectáculo de la agonía. “Es que las lechuzas llaman a don Esteban”, aseguró una y otra vez una mujer que se mantuvo esa noche en el quicio de la puerta. “Es que la muerte se acerca. Es que se muere. Es que se resiste”. Braulio no sabía si sacar su pistola y disparar para callar a la mujer, a las lechuzas o al viejo que no dejaba de quejarse. ¿Cuándo se callaría la mujer?, ¿cuándo se moriría el viejo?, ¿cuándo se atrevería...? ¿Cuándo?

Sólo atinó a salir al frío de la noche para procurarse algún sosiego. La noche era la muerte cargada de estrellas. Era la erección que no podía esconder más. Eran las ganas de buscar a Virginia y morirse dentro de ella. Se fue sin decir nada. Se fue como un animal que sigue el rastro de la hembra en celo.

La encontró dormida. Se sumergió con ella en la tibieza de las cobijas. Virginia se sobresaltó, quiso reclamarle el tiempo que tenía sin ir a verla, pero él le arrebató las palabras con su boca, con la lengua, con los dientes. Los dedos gruesos palparon la calidez y la humedad anidada entre sus piernas. Braulio se chupó los dedos y la sal le erizó la piel. Creció la urgencia de entrar en su carne, dejar sobre ella ese fuego que se acumulaba, que le quemaba como una horda de hormigas mordiendo los testículos inflamados desde que había visto al viejo moribundo. Virginia se deshizo de la ropa y se puso a gatas para buscar el pene erecto con la boca abierta. Lo atrapó en plena oscuridad, lo empapó con su saliva dulce como si marcara un territorio terrible y sagrado. Ahí comenzaba el ritual.

Amanecía cuando Braulio emprendió el regreso. La tibia sensación de Virginia, del vientre de Virginia abriéndose ante su carne erecta y ciega lo llenaba de una paz que no quería

dejar atrás, que no quería horadar con el recuerdo del padre desahuciado y pestilente. Llevaba metido en la nariz el olor de su carne rosa. Virginia era todo: el amanecer encendido, el rocío sobre la hierba, las bestias en brama en algún lugar inhóspito del monte. No, no quería volver a la casucha del viejo. Pero debía ir, con suerte ya estaría muerto.

Sin embargo, el día avanzó y la muerte no llegó. Sólo la vida se hacía presente en su forma más arcaica de hambre y sed. Esas primitivas necesidades del cuerpo les recodaban a los hijos del viejo su existencia con espanto y vergüenza. ¡Estaban vivos! Tenían hambre, sed, ganas de orinar, de coger, de vivir mientras el viejo los mantenía retenidos en ese desierto donde apenas había algunos cactus, donde el agua se evaporaba ante la mirada sin dejar viva la esperanza. Sólo el rumor de las moscas se enredaba en el silencio porque nadie sabía qué decir o qué hacer. El viejo se moría de esa manera porque los había abandonado a todos. Necesitaban creerlo así. Aunque la duda se alimentaba de ellos, era una cosa viva mordiendo por dentro. Con disimulo levantaban la vista para ver a los zopilotes haciendo una danza de círculos pausados en el aire. Luisa, la hija menor del viejo, pensó que olían la descomposición del padre todavía vivo. Igual que ellos, esperaban la muerte.

Braulio volvió a sumarse al grupo sin decir nada. Llevaba en el cuerpo el olor de Virginia, emanaba de él. Alma lo vio con los ojos colmados de una mezcla de rabia y dolor. Hacía años que trataba de ignorar sus ausencias, por el bien de los niños, pensaba. Esta vez también se quedaría en silencio.

El sol llegó al centro del cielo, el calor se hizo insoportable y los alaridos del viejo taladraban la paciencia de todos. Ya nadie estaba conmovido, el hartazgo había suplido al asombro primero de la agonía. Esa luz cruda había llegado para develarlo todo: el cuartucho del viejo era un cementerio de alimañas,

una mugre floreciendo tras años de olvido. La luz no se detuvo, llegó a los ojos blancos y llorosos, a las lagañas, a la baba seca de las comisuras llenándose de moscas, a la piel grasienta, como llena de escamas. Daba la impresión de ser un reptil de mirada blancuzca, muerto hacía ya varios días. Braulio entró varias veces para mirarlo en ese lastimoso estado. No entendía por qué ahí dentro le volvían las ganas de Virginia. La recordaba restregándole el sexo abierto por toda la cara. Así, sentada en su rostro, con las caderas anchas en un ir y venir demencial, como si intentara tragárselo vivo, entero.

Braulio sudaba, se olía las manos una y otra vez para evocarla. Se restregaba la cara con una angustia que nada tenía que ver con la agonía del padre. Que se muriera ya para volver con Virginia, pensaba. Así, en pleno trance, alguien señaló la necesidad de limpiar al viejo. Braulio no dijo nada, poco le importaba el estado de su padre. Los demás desaprobaban la idea, nadie quería hacerlo. Además, pronto se moriría, no tenía caso. Lo enterrarían así, apenas muriera. Luego todos volverían por donde llegaron.

Cansados de esperar, Braulio y Leonardo fueron al cementerio a cavar la tumba para ahorrarse tiempo cuando llegara el momento. Mientras escarbaban el olor de la tierra les recordó la infancia, a la madre muerta. A Braulio le daba gusto hacer ese agujero, si estaba ahí era porque en el fondo el viejo era su padre, porque se sentía obligado y porque su hermana Luisa y Alma le rogaron que fuera, pero en cuanto se muriera lo aventaría a ese hoyo que él mismo había cavado y no volvería nunca. Que se pudriera, que se lo tragarán los gusanos.

Braulio volvió a albergar la esperanza de que ya hubiera muerto cuando volvieron del cementerio; mas la escena decía lo contrario. El viejo seguía respirando. Incluso había tomado agua. La palabra le rebotó en el cráneo. ¡Agua! ¡Quién se había

atrevido a darle agua cuando había tan poca? Sintió rabia y sin más dijo que se iba. Pero su hermana menor lo convenció de nuevo. Pronto moriría, pronto todos podrían irse.

Al tercer día Bruno no podía más con el olor y los gemidos del viejo. El doctor había asegurado que no pasaría el alba la tarde que los fueron a buscar; sin embargo, ya iban tres días. ¡Tres días! Pensó en entrar para matarlo él mismo, que se muriera ya. Lo que más le dolía era Virginia. ¿Cuántas veces le había rogado ella que se fueran los dos juntos para el norte? Allá empezarían de nuevo, allá nadie los conocería. Alma no se tendría que enterar que se iban juntos. Virginia estaba cansada de que se vieran a escondidas, de sentirse culpable. Braulio le daba vueltas al asunto. Era cierto que con Alma ya no había nada más allá del cuidado de los hijos, lo suyo era una penosa costumbre. Él quería a Virginia. La quería como un loco y le daba rabia tener que tragarse su secreto cada día.

A Virginia le dijo que dejaría a su mujer apenas se muriera el viejo. Los hijos sabrían comprender, ya estaban grandecitos y nunca les faltaría nada. Él la quería, lo repitió hasta el cansancio mientras su carne endurecida penetraba la de ella. La quería. La quería. ¡Pero el viejo no se moría de una buena vez! Daba lástima, daba asco revolviéndose entre sus propios desechos.

El viejo los había dejado como él dejaría a su mujer y a sus hijos, se le venía a la cabeza como si alguien más se lo echara en cara. “Es distinto —se decía Braulio—, yo quiero a Virginia, de veras la quiero”. Miró a sus hijos imitar el vuelo pausado de los zopilotes, sabrían comprender, no les faltaría nada.

Bajo sus uñas estaba la tierra de la tumba, esa tierra donde el viejo terminaría de pudrirse. ¡Que se muriera, que acabara de una buena vez ese demonio que los tenía ahí atados! ¡Que se muriera solo, como se merecía!, pensaba mientras veía sus manos invadidas por un temblor incontenible. Por dentro los

intestinos empezaron a crujir con un murmullo conocido: las suyas eran como las manos del padre, llenándose de escamas, de culpa, de odio y de un olor insoportable. No quiso ver más, sólo siguió el impulso de sus piernas. “Yo me largo, ¿te quedas?”, le dijo a su mujer, que por única respuesta comenzó a limpiar al viejo. Los ojos blancos y acuosos del padre buscaron la voz de Braulio por todas partes, apenas atinó a gemir.

Braulio, el mayor de los hijos, salió del cuartucho con la sensación de una náusea acumulada toda la vida. Miró a sus hijos jugar, ellos sabrían comprender... Encendió la camioneta. Sólo dejó un rastro de tierra muerta y una nube ennegrecida de zopilotes volando cada vez más cerca.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a Juan Fernando Covarrubias por compartir tantos años de amistad y literatura, por impulsarme a escribir y leer este libro desde que era sólo un propósito vago. A Gabriela Torres Olivares por sus palabras de hace unos años: han sido un impulso y sigo aferrada a “esa maldición salvadora de la escritura”. A Guadalupe Correa Chiarotti y a Magdalena Okhuysen por sus lecturas y recomendaciones a este proyecto.

A Darcy, por alentarme como nadie en mis planes mientras nos acompañamos en este trozo de tiempo que es la vida. A Carlos Sibaja y Roxana Zermeño, con quien he compartido todo, hasta la risa y las letras. A Kiri, mi madre, por enseñarme a jugar con las palabras en medio de las tormentas, por apoyarme en todo momento aun cuando somos tan distintas.

Agradezco a Coneculta Chiapas, especialmente a las personas detrás de estas siglas, por crear el Premio Nacional de Cuento Corto Eraclio Zepeda y por la cuidada edición de este libro.

CONTENIDO

Tierra mojada	9
Casa que muere	12
Aves de tu silencio	26
El ojo de Vera	27
La superficie del agua	37
<i>Embellishment</i>	42
Designios para mi próxima existencia	48
La habitación de los sombreros	51
Equilibrista	57
Señales	58
El miedo y la sal	64
Fronteras	66
Mutilados	71
Memorias de un maniquí	72
Moho	78
Blanda materia	82
Puso	86
Al margen	90
Vestigio roto	91
Resquicios	95
Lola	103
Caramelo	105
Morosa muerte	108

SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero

SECRETARIA

Natalia Toledo

SUBSECRETARIA DE DIVERSIDAD CULTURAL

Marina Núñez Bernalova

SUBSECRETARIA DE DESARROLLO CULTURAL

Omar Monroy

TITULAR DE LA UNIDAD DE ADMINISTRACIÓN Y FINANZAS

Esther Hernández Torres

DIRECTORA GENERAL DE VINCULACIÓN CULTURAL

Antonio Martínez

ENLACE DE COMUNICACIÓN SOCIAL Y VOCERO



GOBIERNO DEL ESTADO DE CHIAPAS

Rutilio Escandón Cadenas

GOBERNADOR

CONSEJO ESTATAL PARA LAS CULTURAS Y LAS ARTES

Victoria Cecilia Flores Pérez

DIRECTORA GENERAL

Manuel Gerardo Gutiérrez Ortiz

COORDINADOR OPERATIVO TÉCNICO

Tanya Guadalupe Hernández Dávalos

DIRECTORA DE PUBLICACIONES

CORRECCIÓN DE ESTILO | Mario Alberto Bautista
DISEÑO | Mónica Trujillo Ley
FORMACIÓN ELECTRÓNICA | Mario Alberto Palacios



La edición de *Aves de tu silencio* estuvo al cuidado de la Dirección de Publicaciones del Coneculta Chiapas y la impresión fue auspiciada por la Secretaría de Cultura, gracias al programa Apoyo a Instituciones Estatales de Cultura (AIEC) 2020. Se terminó de imprimir en xxxxxx de 2020 en Talleres Gráficos de Chiapas, en la ciudad de Tuxtla Gutiérrez. Los interiores se tiraron sobre papel cultural de 45 kg y la portada sobre cartulina *couché* de 169 kg. En su composición tipográfica se utilizó la familia Berkeley. Se imprimieron xxx ejemplares.